índice

0 prólogo 1
i antes del tiempo 2
i:1 Atlántida y Manu 2
i:2 el caballo del rey Sagara 5
i:3 Bhaguiratha y el río Ganges 7
ii Indra, el dios guerrero 9
ii:1 el dios guerrero y los gigantes 9
ii:2 Indra mata al dragón 11
ii:3 redada de los pescadores 12
ii:4 los hijos de Pandú 14
ii:5 la proeza de Arjuna 16
ii:6 el viaje a Benarés 18
ii:7 escape de las llamas 19
ii:8 Arjuna conquista la mano de la princesa 21
ii:9 un fatídico juego de dados 22
ii:10 el arco llamado Gandiva 24
ii:11 la gran batalla 26
ii:12 la búsqueda de la puerta del cielo 27
iii Rama y Hánuman 29
iii:1 la matanza de los demonios 29
iii:2 Hánuman viene al rescate 31
iii:3 el ejército de monos va a la batalla 33
iii:4 la flecha mágica de Rama 35
iv Buda, el iluminado 36
iv:1 el gentil príncipe Sidarta 36
iv:2 viajes fuera de las paredes del palacio 38
iv:3 un encuentro con la muerte 40
iv:4 Sidarta, el mendigo sin techo 41
iv:5 la iluminación bajo la higuera 43
v Krishna, un dios 44
v:1 la cruel acción del rey Kamsa 44
v:2 una invitación al palacio 45
v:3 Krishna se hace rey 47
vi narraciones 48
vi:1 la recompensa del campesino 48
vi:2 el tigre y el mono 50
vi:3 el ermitaño y el elefante 51
apéndice 52
sobre el idioma del poema 53

Charles Kovacs

Mitologías antiguas: India

el profanador de textos

profanador, ra.
(Del lat. *profanātor*, -ōris).
1. adj. Que profana. U. t. c. s.

profanar.
(Del lat. *profanāre*).
1. tr. Tratar algo sagrado sin el debido respeto, o aplicarlo a usos profanos.
2. tr. Deslucir, desdorar, deshonrar, prostituir, hacer uso indigno de cosas respetables.

Real Academia Española ©
Todos los derechos reservados

confesiones de invierno

(¡siempre charly garcía debe estar presente!)

quiero a los libros —esos seres impresos en árboles muertos (o debería decir 'asesinados')— con 'sagrado' respeto, pero resulta que muchas veces son inhallables… o hallables a un precio inalcanzable.

por eso me convierto en 'profanador': 'deshonro,' 'prostituyo' la belleza del papel y transfiero la sabiduría a este nuevo ser electrónico.

es verdad: dejo sin pan a quien lo creó. pero completo su más profundo deseo: difundir su conocimiento.
(a mi tampoco me convencen estas 'razones,' son puro bla, bla, bla.)

el diseño apaisado es para que sea fácil leerlo en el monitor de la computadora o impreso en hoja A4, simple o doble faz. a fin de cuentas, millones de libros han sido leidos 'fotocopiados' en ese formato. (en realidad, los más beneficiados son los que venden recargas truchas de cartuchos.)



con respecto a este libro

Título: 'Mitologías Antiguas'
Autor: Charles Kovacs
ISBN:

Título original: Traducción manuscrita.

Editorial: Sin editorial.

Sin fecha de impresión.

primera pedeeficación:
febrero 18, 2017

actualizaciones:

para colaborar

Correcciones: para aportar correcciones a los textos, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el 'Asunto:' el nombre de la publicación y en el cuerpo, el texto equivocado y el nuevo, con referencia de página. Gracias.
Dactilografiado: hay mucho material traducido en forma manuscrita que 'desea' ser publicado. Si quieren aportar el tiempo de datilografiado, por favor, enviar un email a **elprofanadordetextos@yahoo.com**, poniendo en el 'Asunto: Tipear.' Gracias.

GA

Los **libros y conferencias de Rudolf Steiner** se catalogan según el 'GA,' 'Gesamtausgabe' ['Edición Completa']. En todas las citas se ha intentado referir al número de GA para evitar confusiones por las diferencias en las traducciones de los títulos.
Se traduce el título al castellano para referencia, pero no significa que el libro esté traducido. La cita '[GAnnn:cc:pp]' significa 'párrafo pp' de la 'conferencia cc' del GA 'nnn.'

BM

Los **Boletines de Metodología** para los presentes y futuros maestros Waldorf' fueron publicados por Juan Berlín desde México.
Los artículos son identificados con el número de boletín y una letra según el orden de aparición en el mismo. La cita '[BM024c]' significa 'el tercer artículo (letra c)' del 'boletín 24.'
En el caso de suplementos, se usa directamente la letra 's': [bm011s].

párrafos

Para facilitar las referencias cruzadas, los párrafos son identificados con un número (02) o un número y una letra (02c) al inicio de los mismos.
En todos los casos, el número indica el número de párrafo correspondiente a la edición alemana.
La letra representa una subdivisión de dicho párrafo, en caso que ayude a la mejor identificación de los temas.

el por qué de este proyecto

una nota de el profanador de textos

Como indica el 'prólogo,' la intención de estas historias es facilitar el acceso a los temas mitológicos, que si las fuentes son escasas en inglés, y aún son más escasas en castellano.

La edición original comprende dos libros.

Para facilitar el uso se han producido documentos separados para cada caso.

Existen entonces:

- Mitologías antiguas: India,
- Mitologías antiguas: Persia.
- Mitologías antiguas: Babilonia.
- Mitologías antiguas: Egipto.
- Mitologías antiguas: Grecia.

Duda:

Para cada relato mitológico, suele haber más de una versión, o variación, de la historia contada.

No se si todas las historias aquí son 'originales.' Algunas parecen surgidas del recuerdo del autor, sin haberlas verificado.

Se ha hecho un esfuerzo para comparar las versiones más frecuentes, pero la mitología es casi infinita. ♣

0 prólogo

En el mundo de habla inglesa,[1] los maestros de las escuelas Waldorf están en desventaja con sus colegas de Alemania. Mi maestro en Hamburgo podía encontrar material educativo de cualquier tema por autores antroposóficos.

Pocos libros de este estilo están disponibles en inglés y el material en bibliotecas públicas está a menudo reñido con el espíritu de la educación Waldorf.

Charles Kovacs —nacido en 1907 en Becs, Austria—, un maestro de la Escuela Rudolf Steiner de Edimburgo, escribió extensas notas de sus clases principales, día por día, de los grados primero a octavo, para ayudar a sus colegas en la búsqueda de la fuente indicada del material.

Subsecuentemente, el texto ha sido usado y apreciado por los maestros de Edimburgo durante muchos años.

Aunque presentado en formato de lecciones, debe ser entendido que el texto representa la forma en la cual un maestro particular enseñó a un grupo particular de alumnos.

Pero el contenido de estas historias, el modo que el maestro trata de presentarlas y el estilo narrativo usado, provee valiosa información, particularmente para el maestro que presenta un tema por primera vez.

Con nuevas escuelas Waldorf surgiendo continuamente y con pocos maestros experimentados para proveer guía personal, hay una real necesidad de hacer accesible este tipo de material.

Por último, unas palabras para aquellos que no están familiarizados con la educación Waldorf.

Nacido de los ímpetus pedagógicos del filósofo austríaco Rudolf Steiner (1861-1924) el currículum de las escuelas Waldorf tiene como objetivo algo más que despertar el nuevo intelecto: busca educar a todo el ser del niño en crecimiento, para cada uno pueda desarrollar su real potencial humano y espiritual. ♣

Lecturas posteriores

Steiner, Rudolf. 'Antiguos mitos y su significado.' [GA180]
Steiner, Rudolf. 'La búsqueda del Santo Grial. Cristo y el mundo espiritual.' [GA149]
Steiner, Rudolf. 'El cristianismo como hecho místico y los misterios de la antigüedad.' [GA008]
Steiner, Rudolf. 'Maravillas del Mundo, pruebas del alma y manifestaciones del espíritu.' [GA129]
Steiner, Rudolf. 'La historia universal .' [GA233]

[1] Y podemos agregar, 'de habla española.'[n. del pr.]

i
antes del tiempo

i:1 Atlántida y Manu

Este año escucharán algunas historias de gente que vivió muy atrás en el tiempo, en los verdaderos comienzos de la historia.

Comenzaremos con la gente que vivió en la antigua India. Más adelante también escucharán sobre la gente de la antigua Persia, Babilonia y Egipto.

Son todas historias de países lejanos y de hace muchísimo tiempo atrás, historias de dioses mitológicos, nobles héroes y grandes aventuras.

La gente que contó algunas de estas historias vivió hace muchísimo tiempo, tanto tiempo atrás que tendremos que contar hacia atrás diez mil años para alcanzar la época en que vivieron en la Tierra. [Ver 'apéndice.']

Y en ese tiempo, hace diez mil años, el mundo parecía muy diferente. No habían ciudades ni pueblos en Inglaterra, no había gente en absoluto, porque Europa toda yacía bajo una capa profunda de hielo y nieve.

Todavía puede encontrarse hielo y nieve a varios metros de profundidad alrededor de los polos Norte y Sur. Pero hace diez mil años, todo sobre Inglaterra, Francia, Alemania y Noruega era parecido a eso.

Todos los países de Europa estaban cubiertos de hielo y nieve, y así nadie podía vivir en esa parte del mundo.

Pero había partes del mundo más templadas.

Hoy día, entre Europa y América, hay un enorme y ancho océano. Aún los barcos más rápidos necesitan cuatro o cinco días para cruzar este océano, mientras que los más lentos tardan más de una semana.

Este vasto océano de grandes y bravías olas entre Europa y América se llama el océano Atlántico.

Pero diez mil años atrás había una enorme isla en el medio del océano Atlántico. Era mucho más grande que la isla de Inglaterra, y cuando una isla es muy, muy grande no se la llama isla, se la llama continente. Australia, por ejemplo, es una isla tan grande que se la llama continente.

Donde hoy sólo hay una inconmensurable superficie de agua del océano había una vez un gran continente que era conocido como la Atlántida.

Pero ya no está más ahí.

La Atlántida ha desaparecido y ahora van a escuchar cómo ocurrió esto.

En Atlántida no había ni hielo ni nieve, era mucho más cálida, las plantas crecían y la gente y los animales podían vivir juntos.

Pero de haber tenido que vivir en la Atlántida no les hubiera gustado mucho, ya que todo el continente estaba cubierto durante todo el año con niebla y bruma.

Había también remolinos de niebla; por eso, la gente de la Atlántida nunca podía ver un cielo azul o un sol brillante y, ciertamente, nunca veían el arcoíris, ya que un arcoíris sólo es visible cuando al final de una lluvia hay un espacio claro de cielo.

Por supuesto que a la gente que vivía en la Atlántida no le preocupaba ni la niebla ni la bruma, se habían acostumbrado a ellas, igual que la gente que nace en África está acostumbrada al intenso calor.

Escucharon que todo el mundo entero era diferente, hielo y nieve cubría Europa, mientras el gran continente de la Atlántida estaba envuelto en el misterio de la bruma.

Pero la gente que vivía en la Atlántida era también diferente a nosotros en varias maneras.

Tenían poderes que nosotros ya no tenemos, tenían poderes que podríamos llamar 'mágicos.'

Por ejemplo, tenían el poder de hacer crecer las plantas más rápido o más despacio.

Piensen solamente qué conveniente sería eso para un granjero, hoy en día, si pudiera hacer crecer sus cultivos más rápido o parar la maduración del trigo cuando llueve durante muchos días.

Hoy el granjero tiene que esperar a la naturaleza, no puede acelerar o retardar el crecimiento de su trigo.

Pero hace diez mil años atrás la gente tenía poderes para hacer crecer a los animales más grandes o más pequeños.

No tenían perros o gatos como tenemos ahora, pero si querían que su vaca doméstica fuera del tamaño de nuestros perros, podían hacer que fuera pequeña; y si deseaban una vaca tan grande como un elefante, también podían hacerla crecer tanto como quisieran.

Por supuesto, estos maravillosos poderes podían también ser mal usados, podían ser usados contra otras personas de una manera muy cruel.

Ahora bien, en la Atlántida era normal para un rey o un hombre rico ser dueño de muchos esclavos y tales esclavos nunca podían abandonar a sus amos: un esclavo pertenecía al dueño como una vaca o un buey pertenecen al granjero.

Y si servía a un rey u hombre rico, podía usar estos poderes mágicos para el crecimiento de la talla normal de esta gente.

Tal hombre podía, por ejemplo, hacer pequeños a los niños esclavos, de modo que parecieran enanos.

O si un rey deseaba hombres grandes para ser soldados y guardaespaldas, hacía crecer a los niños dos veces su tamaño normal. Eran hechos para crecer como gigantes.

Así pueden darse cuenta cómo el uso de estos poderes trajo mucho sufrimientos, porque es muy malvado cambiar el tamaño o la forma normal del cuerpo humano.

Pero también vivía en Atlántida un hombre bueno y sabio cuyo nombre era Manu.

Manu nunca usó sus poderes mágicos para cambiar la forma natural de otras personas.

Le ponía muy triste ver como el mal uso de la magia causaba gran infelicidad cuando se le impedida a la gente crecer a su tamaño y forma naturales.

Cuando Manu se entristecía a menudo iba a las orillas de un pequeño arroyo. Un día, cuando estaba sentado frente al arroyo mirando dentro del agua. vio un pequeño y delgado pez nadando de aquí para allá tratando de escapar de un gran pez.

A Manu no le gustaba ver sufrir a ninguna criatura y se inclinó, vacilando sobre qué podía hacer para ayudarlo.

Entonces ocurrió algo extraño, aquel pequeño pez habló. Le dijo:

—Ayúdame, protégeme y te recompensaré. ¡Sácame del arroyo y ponme en una jarra de agua en tu casa y nunca te arrepentirás!

El gran pez estaba ya abriendo su boca para tragarse al pequeño cuando Manu lo sacó y se apresuró a ir a su casa y colocó al pequeño pez en una jarra de agua fresca.

Lo cuidó y alimentó y el pez creció muy rápidamente.

Pronto la jarra era muy pequeña y Manu lo colocó dentro de un gran tanque de agua.

Pero seguía creciendo y cuando el tanque quedó demasiado pequeño, el pez volvió a hablar y dijo:

—Llévame al gran río.

Manu llevó al pez, el cual ahora era muy pesado, hacia el río.

Entonces el pez volvió a hablar y dijo:

Vritá, vuelve pronto porque creceré aún más y necesito tu ayuda.

Cuando Manu volvió pocos días más tarde aquel pez hablador maravilloso había crecido aún más grande. Y el pez le dijo:

—Si me quedo aquí, pronto seré tan grande que llenaré el río y desbordarán sus orillas. Deseo que tú me lleves al océano.

Ahora era una carga muy pesada llevar a aquel pez. Ahora Manu sabía que este no era un pez corriente sino un mensajero de dios. Y así él hizo lo que le pidió.

Cuando Manu puso al pez en el océano, éste habló una vez más y dijo:

—Ahora ha llegado el tiempo de tu recompensa. Sabe, entonces, sabio Manu, que esta gran isla de la Atlántida está condenada; muy pronto la lluvia caerá como nunca antes había caído.

»Durante semanas y semanas. meses y meses, lloverá, lloverá y lloverá.

»El agua de los ríos y el agua del océano crecerán y toda la Atlántida se hundirá.

»Y esto será el fin del poder mágico, el cual la gente de la Atlántida ha usado tan mal.

»Pero tú, sabio Manu, deberás empezar a construir un gran arca de madera. Y sobre este arca deberás llevar contigo solamente gente que no haya usado mal sus poderes o aquellos que no tienen poderes mágicos en absoluto.

»También deberás llevar contigo semillas de cada planta y cuando el arca de madera esté lista, yo vendré otra vez a ayudar.

Manu obedeció y comenzó a construir el gran arca de madera. También encontró hombres y mujeres que no habían usado la magia con fines perversos y gente que no tenía tales poderes.

Y apenas la había terminado cuando la lluvia comenzó a caer y las aguas comenzaron a crecer.

Pero ¿de dónde provenía todo el agua que caía como lluvia?

¿Recuerdan que les conté sobre la nieve y el hielo que cubría a Europa?

En aquellos tiempos el sol comenzó a brillar con más fuerza que nunca.

El hielo y la nieve comenzaron a derretirse y una gran cantidad de agua desembocó en el océano.

Ese agua se elevó como vapor y se convirtió en nubes y de las nubes cayó la lluvia. Cayó continuamente y el agua en el océano creció sin parar.

Manu y la gente que él había reunido se apresuró a subir al arca de madera.

Entonces el pez reapareció otra vez, pero ahora había crecido tan grande como una ballena, que es tan grande como una casa.

El pez dijo:

—Toma una soga grande, ata un extremo al arca y el otro a mi cola, y los llevaré a tí y a tus compañeros a una nueva tierra.

»Allí podrán comenzar de nuevo sin poderes mágicos, que sólo trajeron sufrimiento a la gente.

Y así sucedió. Manu y su gente navegaron tirados por el gran pez hasta que cayó toda la lluvia tal como el pez había dicho.

El agua del océano se elevó más y más alto, hasta que toda la Atlántida fue cubierta por el mar. Desde entonces, la Atlántida ha permanecido profundamente hundida bajo el océano.

Hasta el día de hoy, el océano donde estaba la Atlántida es llamado océano Atlántico.

Pero el gran calor del sol que causó la gran inundación también derritió todo el hielo y la nieve que había cubierto Europa.

Así se convirtió en una tierra donde podían crecer las plantas y la gente podía vivir.

Pero durante un largo tiempo no hubo gente y sólo estaba cubierto de bosques.

El gran pez llevó el arca con Manu y su gente a bordo a un lejano país llamado India.

Fue un largo viaje de muchos meses. Navegaron en la densa lluvia que hundió la Atlántida, pero mientras seguían navegando, la lluvia cesó y pudieron ver por primera vez un cielo azul.

Manu y sus compañeros sólo habían conocido la niebla y la bruma de la Atlántida, pero la lluvia hizo desaparecer toda la neblina.

Cuando paró, ellos vieron el cielo claro por primera vez, y en un arco a lo ancho del cielo azul había un hermoso arcoíris.

Así, con el arcoíris sobre sus cabezas, el primero que los hombres habían visto, Manu y sus compañeros arribaron a la India. ♣

i:2 el caballo del rey Sagara

Escucharon la historia del sabio Manu y su gente, y de cómo escaparon de la terrible tragedia que cayó sobre la Atlántida, y cómo el gran pez los llevó a una nueva tierra, llamada India.

En India, Manu y sus compañeros tuvieron que comenzar de nuevo.

Pero no pudieron usar sus poderes mágicos para hacer crecer más rápido o más lentamente las cosas.

En vez de ello tenían que trabajar duramente, plantar las semillas y esperar al sol y la lluvia. Las cosas sólo crecerían y madurarían en la época justa.

Sin embargo, en la India el clima y las estaciones son diferentes. Ahí no hay las cuatro estaciones que conocemos: primavera, verano, otoño, invierno.

En la India sólo hay tres estaciones: la estación calurosa, la estación húmeda, y la estación fresca.

Durante la estación de calor, el sol brilla muy fuerte, y hace mucho calor; durante meses y meses no hay una sola nube en el cielo.

La tierra se calienta y las plantas se marchitan y mueren.

Por las noches el calor es tan fuerte que ni hombres ni animales se mueven. Están echados y descansan donde sea que encuentren una pequeña sombra.

Hace tanto calor que si se coloca un huevo crudo sobre una piedra al sol en quince minutos está bien cocido.

Después de tres o cuatro meses de calor, aparecen las primeras nubes y pronto todo el cielo está cubierto de nubes oscuras.

Hay relámpagos, poderosos truenos, y entonces cae la lluvia, pero esa lluvia no es como las que conocemos, cae abundantemente en capas de agua, y solamente se puede ver a unos pocos metros.

Llueve y llueve por varias horas cada día y cuando las aguas caen, las plantas comienzan a crecer.

Al cabo de unos pocos días la tierra está cubierta de una alfombra verde, hay nueva vida por todos lados.

Unos pocos meses más tarde llega a su fin la estación húmeda. La lluvia cesa y el cielo se aclara.

Ahora viene la estación más placentera, la estación fresca. Esta estación de la India es como un calor de verano en Europa, pero es aún agradable y cálido comparado con la estación calurosa.

Entonces, tres meses más tarde, los días comienzan a hacerse calurosos y más calurosos y así vuelve a comenzar la estación ardiente.

Ahora Manu y sus compañeros tenían que observar esas estaciones muy cuidadosamente.

No sería prudente plantar las semillas de sus cultivos en la estación calurosa porque morirían por el fuerte calor del sol.

Tenían que plantar sus semillas justo en el comienzo de la estación húmeda porque es la lluvia la que trae nueva vida a las plantas.

Manu también enseñó a sus compañeros a levantar la mirada a los cielos y adorar a los dioses que traen las estaciones.

Él les dijo:

—Así como hay una estación de lluvias que da vida a todas las cosas, así en los cielos el dios Supremo creó el mundo y le dió vida, y este dios Supremo es llamado 'Brahma.@@@

»Así como las plantas crecen y maduran en la estación fresca después de la lluvia, así hay otro dios que cuida del mundo que Brahma ha creado.

»El segundo dios que protege la vida es llamado Vishnú.

»Y el tercer dios que es como la estación ardiente, la estación calurosa cuando las plantas se marchitan y mueren, es llamado 'Shiva.'

Tal como la gente que vino a la India donde había tres estaciones, así ellos también levantaban la mirada a los tres dioses.

Brahma, el dios Supremo que creó todas las cosas, Vishnú, que cuida y protege todas las cosas, y Shiva que destruye todo lo que debe marchitarse y morir para dejar espacio a la nueva vida.

En aquellos días la gente no sólo adoraban y rezaban a los dioses, también les hacían sacrificios.

Por ejemplo, cuando un campesino había recolectado su cosecha tomaba un poco de harina y hacía algunos pastelitos, los llevaba a un altar de piedra en donde estaba ardiendo un fuego y colocaba los pastelitos dentro de las llamas y mientras se consumían, agradecía a los dioses por la bendición y pedía una buena cosecha el próximo año.

Y cuando más sacrificaba un hombre en las llamas del altar, más bendiciones y buena fortuna le mandarían los dioses.

La gente de la India que consideraban a Brahma, Vishnú y Shiva y les hacían sacrificios estaban muy orgullosos de contar historias sobre grandes maravillas, historias muy imaginativas.

Uno de estos extraños y fantásticos relatos era sobre un rey que deseaba sacrificar un caballo blanco a los dioses.

El nombre del rey era Sagara, era un rey fuerte y poderoso que tenía muchas esposas, y de estas mujeres tantos hijos que uno apenas podía contarlos. Tenía tantos hijos que eran un ejército.

El rey quería hacer un gran sacrificio a los dioses, un sacrificio especial, así en devolución los dioses tenían que concederle cada deseo.

Él tenía hermosos caballos y decidió que el más hermoso de ellos, un semental blanco nieve, sería matado y quemado en el altar.

Pero los dioses Brahma, Vishnú y Shiva no querían concederle al rey Sagara cada deseo, ni tampoco querían el sacrificio del semental blanco.

Por lo tanto, la noche anterior al día del sacrificio, el dios Vishnú bajó a la Tierra y tomó la forma de un ser humano, robó el semental, se lo llevó lejos, y lo escondió donde nadie podía encontrarlo.

Al día siguiente hubo gran revuelo cuando el caballo blanco no pudo ser encontrado.

El rey Sagara estaba furioso y reunió a todos sus hijos y les dijo:

—Vayan y busquen por todos lados a mi caballo blanco.

Los príncipes fueron a buscar por todas partes, pero no pudieron encontrarlo.

Cuando regresaron y le contaron a su padre de que ellos habían buscado en vano, éste les ordenó:

—Entonces caven profundo en la tierra, quizás el ladrón escondió el caballo en una cueva en lo profundo.

Y cada hijo tomó una pala y comenzaron a cavar hoyos, muchos hoyos. Cavaron más y más profundo dentro de la tierra, tan profundo que dolía y la tierra gritaba de dolor al Brahma.

Entonces Brahma le habló a Vishnú y le dijo:

—Tú eres el protector, ve abajo y protege a la tierra de los hijos del rey Sagara.

El dios Vishnú descendió otra vez a la Tierra. Entonces pudo oír a la Tierra llorando con dolor por los grandes hoyos que los muchos hijos del rey Sagara habían cavado en su búsqueda del caballo.

Vishnú, que no quería asustar a los príncipes como su verdadero majestuoso dios, apareció ante ellos como un hombre y les habló:

—No molesten a la madre Tierra con vuestros inútiles excavaciones. El caballo no está en las profundidades. Yo soy el único que conoce dónde está el caballo blanco del rey Sagara.

Cuando los hijos de Sagara le escucharon decir que él sabía dónde estaba escondido el caballo, gritaron:

—¡Aquí está el ladrón que ha robado nuestro caballo!

Y todos juntos se abalanzaron sobre el hombre y lo atacaron con sus palas.

Pero Vishnú es un dios, no un hombre. Cuando las palas lo tocaron saltó una ardiente llama roja.

En un instante, todos los príncipes fueron quemados hasta quedar sólo cenizas.

Pero su suerte fue aún peor que haber sido reducidos a cenizas.

Cuando la gente muere de vejez o enfermedad o en batallas, sus almas abandonan sus cuerpos y se elevan al cielo.

Pero los hijos de Sagara atacaron, sin saberlo, a un dios. Aunque no sabían que estaban haciendo algo malo, como se habían vuelto contra un dios, sus almas no pudieron ascender al cielo y tuvieron que quedarse con las cenizas de sus cuerpos.

Aunque Vishnú mismo sintió pena por ellos, ni siquiera él, el dios, pudo hacer nada.

Sólo había una cosa que podía ayudar a las almas de los príncipes a subir al cielo y más adelante sabrán qué es.

Cuando la triste noticia de la muerte de los príncipes fue llevada al rey Sagara, él lloró lágrimas amargas.

Llamó a su nieto Anshuman y le pidió que fuera y recogiera las cenizas.

El nieto se fue y después de una larga búsqueda llegó al lugar donde la llama de Vishnú había quemado a los príncipes y sus cenizas cubrían el terreno.

Cerca de allí, en una roca, posaba un gran águila como si estuviera haciendo guardia sobre todo lo que quedaba de los hijos de Sagara.

Cuando el nieto se acercó el águila le habló y dijo:

—De Brahma, el Señor y Creador, tengo un mensaje para el rey Sagara. Gran tristeza ha venido hacia él no solamente por sus hijos que han sido muertos por el fuego de Vishnú, sino por sus almas que están aprisionadas en las cenizas de sus cuerpos y no pueden elevarse al cielo.

»Aún de esta tristeza gran júbilo puede venir. Porque es la voluntad de Vishnú que estas almas puedan con el tiempo elevarse al cielo y ser amigas y compañeras del propio Vishnú.

Entonces el nieto preguntó:

—¿Cómo puede esto acontecer?

El águila respondió:

—Puede ocurrir de esta manera.

»Lejos, en el norte de la India están las más altas y poderosas montañas del mundo. Ellas son llamadas los Himalayas, que significa 'el hogar de la nieve.'

»El tope de estas montañas llega hasta dentro de las nubes; nieves eternas y hielo cubren las cumbres y pendientes.

»Aquellos que han tenido la buena suerte de haber contemplado la pura y blanca belleza de los Himalayas dicen que nada en el mundo puede ser comparado a su majestuoso brillo.

El águila continuó:

—De la pureza de la nieve de los Himalayas proviene un río llamado Ganges.

»Sus aguas bajan en torrente las pendientes, brincando y bailando en cascadas sobre precipicios y rocas, bajando hacia el valle, desembocando en un poderoso río que fluye a través de bosques y claros y praderas hacia el océano.

»Puras y claras eran las aguas del Ganges, tan puras como la nieve de donde proviene.

»Pero tan hermoso era el río que los dioses lo deseaban para ellos mismos.

»Lo sacaron de la Tierra y lo llevaron hacia la ciudad celestial, donde sólo los dioses y las almas de la buena gente pueden disfrutar de su belleza.

X»Sí, el río Ganges, el hijo de los Himalayas puede ser devuelto a la Tierra; y si las cenizas de los príncipes son echadas en él, el agua pura lavará todos los pecados, todas las equivocaciones que los príncipes hicieron.

»Sus almas, entonces, se elevarán hacia Vishnú que las recibirá con alegría.

»Lleva de regreso las cenizas al rey Sagara. Dile que de su nieto vendrán hijos y de ellos otros hijos.

»Uno de ellos será tan grande y tan bueno que será capaz de traer de vuelta al río Ganges, el hijo de los Himalayas, a la Tierra.

»Entonces, él liberará las almas de los príncipes aprisionados en sus cenizas.

Así habló el águila; entonces desplegó sus poderosas alas y se elevó en el aire. El ave voló más y más alto hasta que el nieto del rey Sagara no pudo seguir viéndola.

Y como le habían dicho, recogió las cenizas y las colocó en un cofre dorado que había llevado consigo.

Cuando hizo esto, vio cerca al blanco semental pastando pacíficamente.

El niño llevó de regreso la caja dorada y el caballo al rey Sagara.

Cuando Sagara escuchó el relato de que un día todos sus hijos serían compañeros de Vishnú ya no estuvo más triste.

Rogó humildemente de que no pasara mucho tiempo hasta que él y sus hijos se encontraran en la ciudad celestial donde Brahma, Vishnú y Shiva viven.

Cuando Sagara murió, su nieto se hizo rey y después de él, su hijo fue su seguidor.

Así se acercaba el momento en que el río Ganges sería traído de vuelta a la Tierra, tal como el águila había pronosticado. ♣

i:3 Bhaguiratha y el río Ganges

De la historia del rey Sagara que deseaba sacrificar su caballo aprendieron también algo sobre la tierra de la India.

Recordarán que es un país muy caluroso donde nunca hay invierno. Pero también escucharon que están las montañas llamadas Himalayas, las más altas del mundo. Y en las tan aterradoras cumbres nieve y hielo nunca se derriten.

Imagínense qué curioso que es esto. Abajo, al pie de las montañas, puede existir la sofocante fiereza calurosa de la estación del verano pero, arriba, en las cumbres, es invierno eterno.

Es una hermosa vista para los viajeros que observan desde el calor ardiente de las llanuras indias, ver en la lejana distancia, una enorme cordillera cubierta de nieve, cimas de blanca pureza.

De esta nieve vienen las aguas del hermoso río Ganges, aquel gran río cuyos dioses amaban tanto que se lo llevaron de la Tierra hacia la ciudad celestial.

Pero solamente las aguas del río Ganges podrían liberar a las almas de los hijos de Sagara de las cenizas de sus cuerpos.

Ahora bien, escucharon como el rey Sagara falleció y su nieto se hizo rey; al morir éste, le sucedió su

hijo; a cada rey que le tocó gobernar les daba mucho que pensar las cenizas que descansaban en el cofre dorado y cada rey se preguntaba qué podía hacer para traer de regreso a la Tierra al río Ganges y así ayudar a las pobres almas de los príncipes.

Después de muchos, muchos años y muchos, muchos reyes, vino un rey cuyo nombre era Bhaguiratha.

Era un rey que se preocupaba muy poco por el esplendor y pompa en que vivían los reyes en aquellos tiempos.

A Bhaguiratha no le importaban los tesoros de oro y joyas, o los cientos de sirviente listos para obedecer cualquier orden.

Tampoco se preocupaba por el gran palacio o de los esplendorosos jardines llenos de flores y dulces frutas.

De lo que sí se preocupaba era de las pobres almas de los príncipes aún atadas a las cenizas en el cofre dorado.

Bhaguiratha pasaba muchas horas en profunda plegaria cada día pidiendo a los dioses que le mostraran un camino para ayudar a los príncipes y liberar sus almas.

Un día estaba rezando cuando el dios Shiva apareció ante él. Cayó al suelo y se cubrió la cara con las manos porque los rayos de luz que venían del dios le dañaban sus ojos.

Entonces, Shiva habló y le dijo:

—No temas, rey Bhaguiratha, vine hacia tí para contarte cómo pueden ser liberadas las almas de los hijos de Sagara y cómo el hermoso río Ganges puede ser devuelto a la Tierra.

»Nosotros los dioses tenemos poderes más allá que ningún ser humano podría tener. Tenemos poderes sobre la vida y la muerte. El océano nos obedece y las tormentas siguen nuestras órdenes.

»Ahora bien, también los dioses están atados a reglas. Pero si un hombre deja de lado todos los placeres que puede tener en la vida, si un hombre se niega a sí mismo de todo lo que le gusta fuera de su propia libre voluntad, si un hombre vive sin una casa, sin dinero, sin diversiones, sin confort, sin familia o sirvientes, por tal hombre aún nosotros, los poderosos dioses, debemos hacer cualquier cosa que él requiera de nosotros.

Shiva continuó:

—Si tú, rey Bhaguiratha, quieres llevar una vida sin placeres o posesiones, no por una semana o un mes, sino por varios años, entonces tú puedes pedir a los dioses que traigan el río Ganges de vuelta a la Tierra y ni siquiera Brahma puede rehusar tu deseo.

Entonces Shiva desapareció y el rey Bhaguiratha se propuso ser el tipo de hombre que el dios había descripto.

Les comunicó a sus ministros que gobernaran el reino y él abandonó el palacio y los placeres de la corte para vivir por sí mismo en lo profundo del bosque.

Su ropa era sólo un pedazo de tela áspera, dormía bajo los árboles en el suelo desnudo y comía nada más que raíces y bayas que encontraba en el bosque.

Bhaguiratha no tenía techo cuando caía la lluvia y ningún resguardo contra el sol ardiente. Su cabello y barba crecieron largos y apenas veía a otro ser humano.

Los bosques de la India están llenos de animales salvajes, manadas de elefantes rompen su camino a través de los árboles, tigres se abalanzan sobre su presa, serpientes venenosas se deslizan en el suelo y serpientes gigantes que pueden estrangular a un buey acechan en los árboles.

Pero el rey no tenía armas para protegerse o defenderse.

En todos esos años que vivió en el bosque solo y desarmado nunca sintió ningún miedo y ninguno de los animales salvajes lo atacó.

Y cada día Bhaguiratha pasaba muchas horas rezando. Los campesinos que vivían en una aldea cerca del bosque a menudo hablaban del hombre santo o ermitaño, como lo llamaban.

A veces dejaban un cuenco con leche donde sabían que él lo encontraría; él no habría aceptado otro tipo de comida.

Y así pasaron los años hasta que un día, estando el ermitaño rezando, se le apareció Brahma frente a él.

Pero ahora Bhaguiratha no se cubrió los ojos porque los años de vida dura y plegarias le dieron la fortaleza de mirar a los dioses.

Brahma dijo:

Dime cuál es tu deseo más querido y yo te lo daré.

El ermitaño contestó:

—Mi deseo más querido es que el río Ganges sea traído de nuevo a la Tierra para que fluya desde las alturas de los Himalayas a través del país de la India.

Brahma, que hubiera querido quedarse con el hermoso río hijo de los Himalayas en su ciudad celestial, no pudo rehusarse al deseo del ermitaño Bhaguiratha.

Pero había una dificultad: si el poderoso río cayera directamente desde el cielo podría destrozar las montañas y formar un profundo pozo en la tierra.

Por lo tanto, el dios Shiva, con su gran fuerza, atajó al río justo antes de que tocase el suelo. Después lo colocó suavemente en su curso desde los Himalayas, a través de la India, hacia el mar.

El ermitaño Bhaguiratha volvió al palacio donde una vez había vivido y tomó el cofre dorado, tiró las cenizas de los hijos de Sagara en el Ganges y sus almas volaron y se unieron al dios Vishnú.

Cuando el ermitaño se bañó el río, su alma abandonó su cuerpo y se fuer hacia Brahma. ♣

ii
Indra, el dios guerrero

ii:1 el dios guerrero y los gigantes

Hay muchos ríos fluyendo desde los Himalayas hacia la India.

De hecho, la India tomó su nombre del Indo, que es uno de sus ríos.

Pero de todos ellos, el Ganges es el río sagrado y aún hoy es considerado de esa manera porque todos los habitantes saben la historia de como las cenizas de los hijos de Sagara fueron tiradas al Ganges y sus almas se elevaron al cielo.

Los indios creman a sus muertos y aún tiran sus cenizas en el Ganges.

Así vemos que, aunque la historia tiene muchos miles de años de antigüedad, aún es importante para la gente de la India de estos días.

Recuerden también al rey Bhaguiratha que se volvió ermitaño y abandonó todas las posesiones y todo confort.

En estos días se pueden ver muchos ermitaños como él en la India, tanto hombres como mujeres, que viven como Bhaguiratha había vivido.

A veces, estos ermitaños tienen extraños poderes y un día escucharán la historia de estos poderes que tiene alguna de esta gente.

También oyeron sobre los tres grandes dioses: Brahma, Vishnú y Shiva; pero esos no son los únicos dioses que la gente de la India adoraba y aún adora.

Hay muchos otros dioses, y uno de ellos es Indra, el hijo de Brahma.

Cuando es la época de lluvias y hay ruido de truenos y relámpagos, la gente de la India dice:

—El dios Indra, hijo de Brahma, maneja su carro dorado que es tirado por dos caballos llamados 'Audaz' y 'Marrón.'

»Con su mano izquierda sostiene las riendas pero en su mano derecha sostiene la piedra mágica, llamada 'piedra del trueno.'

»Cuando tira su piedra de trueno relámpagos desgarran el cielo y golpes de truenos sacuden el mundo; pero toda vez que arroja su piedra mágica, ésta vuelve otra vez a sus manos.

Indra, el señor de los truenos y del carro dorado, era también el dios de la guerra, el dios a quien los guerreros rezaban cuando iban a una batalla.

Era el dios de todos los soldados y de todos los guerreros porque él mismo estaba haciendo la guerra contra los malvados gigantes que eran los enemigos de los dioses y hombres.

Uno de estos malvados gigantes, llamado Sambara, vivía en las cumbres de una alta montaña.

Allí arriba, en las alturas, tenía su fortaleza y acostumbraba pararse apoyado en su arma, que era un bastón tan largo y ancho como diez troncos de árbol juntos.

Su cabello sobresalía de su cabeza como trozos de alambre y su barba le bajaba hasta la cintura.

Cuñado Sambara miraba hacia abajo desde la cima de la montaña y veía una pequeña aldea de campesinos en el valle, le aparecía una sonrisa maliciosa en cara.

Buscaba una roca grande y pesada y la rodaba hasta cerca del pico de una montaña directamente sobre la pequeña aldea.

Entonces, empujaba la roca con su bastón, la cual primero rodaría suavemente pero luego correría más y más rápido, llevando consigo rocas y piedras más pequeñas y, al final, una basta masa de guijarros, arena y polvo se abalanzaría por la pendiente a terrible velocidad, y se estrellaría sobre la aldea.

Destrozaba y rompía las pequeñas cabañas. Toda la aldea quedaba sepultada bajo las rocas y arena y la mayoría de la gente moría aplastada bajo la pesada carga que había caído sobre ellos.

Desde la cima de la montaña, Sambara observaba ka destrucción, reía a carcajadas y saltaba con júbilo, así que toda la montaña se sacudía.

Pero los pobres campesinos que vivían al pie de la montaña no se podían ir porque allí era donde tenían sus pequeñas parcelas de tierra.

Vivían con temor y preocupación porque nadie sabía cuál aldea elegiría la próxima vez para sus juegos malvados.

Por lo tanto, los campesinos hacían sacrificios al gran dios de la guerra Indra, que peleaba a los gigantes, y le rezaban pidiendo ayuda y protección contra Sambara.

Un día, por fin, Indra escuchó sus plegarias.

Montó su carro dorado, tomó su piedra de trueno y manejó a sus fieros corceles en un galope a través del cielo hacia la cumbre de la montaña del gigante.

Sambara estaba preparando otra roca para traer muerte y destrucción a otra aldea inocente, cuando vio a Indra acercándose con su carro dorado.

Se puso furioso porque le interrumpía su juego favorito.

Rugió y bramó con furia, tomó su gran bastón y se lo arrojó a Indra.

Pero el dios tiró su piedra hacia el gran bastón que volaba a través del aire, hubo un relámpago y el bastón fue destrozado en mil pedazos.

Cuando Sambara vio que su bastón fue hecho pedazos aulló de ira y rompió todo el pico de la montaña, y lo lanzó volando contra Indra.

Pero el dios ya tenía la piedra de trueno otra vez en sus manos, la arrojó y esta vez la piedra mágica viajó hacia el gran pico de la montaña, atravesando el aire y golpeó en la cabeza al gigante, que cayó con estrépito y murió.

Los campesinos abajo, en las aldeas, no podían ver qué estaba sucediendo, porque el pico de la montaña estaba entre neblina y nubes.

Pero oyeron un terrible ruido y trueno que hizo que la montaña se sacudiera y temblara.

Luego, todo volvió a la calma. Nunca más cayeron rocas desde arriba y así supieron que Indra había venido a ayudarlos.

Cuando todos los demás gigantes se enteraron de lo que había sucedido, juraron que vengarían a Sambara.

Decidieron que tanto Indra como los seres humanos sufrirían por la muerte del gigante que sólo estaba divirtiéndose.

Mañana escucharemos lo que hicieron. ♣

ii:2 Indra mata al dragón

Escucharon como los otros gigantes habían jurado vengarse ellos mismos de Indra y de los seres humanos por la muerte de Sagara.

El rey y líder de los gigantes era un dragón muy horrendo, con un nombre muy feo, Vritrá. Su cuerpo era tan grande como las montañas, estaba cubierto con escamas rojas, cuernos que crecían de su cabeza y sus ojos eran como dos rojas brazas ardientes.

Un día el dragó le dijo a los gigantes:

—Hay una sola cosa que hará daño a Indra y a los seres humanos al mismo tiempo.

—¿Qué es? —gritaron al unísono los gigantes.

—Es muy simple, —dijo Vritrá,— robaremos las vacas de Indra.

Ahora, ¿qué eran las vacas de Indra?

Ellas son las nubes, las nubes que vienen al final de la estación calurosa y traen la vida dando la lluvia. ¡Estas son las vacas de Indra!

Así como nosotros, los seres humanos, somos nutridos por la leche de las vacas, así las plantas son alimentadas por la agua que viene de las nubes, y así como las manadas de animales pastan en el campo, así las nubes, las manadas de Indra, se mueven a través del cielo.

El dragón Vritrá y sus gigantes salieron y robaron las vacas de Indra.

Entonces, la estación calurosa llegó a la India, vino pero no se fue.

Después de tres, cuatro, diez meses, un año, la estación de lluvias aún no había venido. Todo permanecía seco y caluroso.

Pasaron un segundo año, un tercero y un cuarto. Diez años más tarde aún no había caído ni una sola gota de agua. Y aún después de veinte años no había señales de nubes.

Debajo de aquella sequedad sin fin, del quemante calor, todas las cosechas hacía tiempo que se habían marchitado y debilitado, no se podían plantar semillas nuevas, y la tierra horneada estaba tan dura que una pala no podía penetrar en ella.

Aún en los densos bosques, los árboles primero perdieron sus hojas, luego murieron y se mantuvieron negros y desnudos.

Los ríos más pequeños se habían secado y hasta el Ganges, cuyas aguas provenían de las nieves de los Himalayas, se convirtió en un diminuto arroyo, un hilo de agua tan barroso que ni aún los animales podían beber de él.

La gente de la India, hombres, mujeres y niños, moría por millones.

Aquellos que sobrevivían, aquellos que vivían cerca de las nieves del Himalaya, estaban tan débiles que no podían cremar a sus muertos.

Nunca antes allí había habido tanta miseria y sufrimiento entre los seres humanos.

Y así pasaron treinta y nueve años.

Por supuesto, la gente rezaba a todos los dioses. Rezaban especialmente a Indra, pero aún los dioses, aún Indra, no se atrevían a ir a la guerra contra el terrible Vritrá.

Entonces, en el año cuarenta de la sequía, cuando parecía que no faltaba mucho para que las últimas personas murieran, Indra se decidió a salvar ala gente de la India, antes de que fuera demasiado tarde.

Armado con su piedra de trueno trepó a su carro y condujo a Audaz y Marrón hacia las montañas donde Vritrá y sus gigantes tenían su fortaleza.

Cuando Vritrá vio venir a Indra, rugió tan terriblemente que tanto el cielo y la tierra temblaron y se sacudieron.

El dragón desplegó sus callosas alas y se elevó en el aire para enfrentarse con el dios y destruirlo.

Indra lanzó su piedra de trueno al dragón pero cayó sobre las duras escamas rojas y no pudo hacerle daño.

Los gigantes, al ver esto, se reían y vitoreaban porque pensaron que sería el final de Indra.

Pero la piedra de trueno retornó a su mano y cuando el dragón se encabritó, la volvió a arrojar. Esta vez, el dios apuntó al vientre de Vritrá, que no estaba recubierto de escamas.

Hubo un trueno, un relámpago tan brillante como el sol y Vritrá cayó desde el cielo como una piedra, y murió.

Los gigantes huyeron aterrorizados cuando vieron a su rey vencido.

Entonces, Indra vio una caverna en el lado de la montaña con una gran roca cerrando la entrada. El dios arrojó su piedra de trueno y la roca se rompió en mil pedacitos; ¡dentro estaban escondidas las vacas de Indra! y después de cuarenta años salieron de ella.

Pronto el cielo se llenó de nubes sobre toda India, llegaron las lluvias y llovió a cántaros. Desde las montañas y colinas se precipitaron torrentes de agua llenando los lechos de los ríos y trayendo nueva vida a las plantas.

Aún hoy la gente de la India recuerda la gran proeza de matar a Vritrá.

Cuando la estación calurosa llega a su fin, cuando el tronar de los truenos y los relámpagos anuncian la llegada de la vida, dando lluvia, los indios hacen masitas y las queman en altares para demostrar su gratitud a Indra.

La llegada de la estación de las lluvias en la India marca también el comienzo del otoño.

Y tal como nosotros festejamos el festival de Micael en su lucha contra el dragón, así la gente de la India celebra la victoria de Indra sobre el dragón Vritrá. ♣

ii:3 redada de los pescadores

Han escuchado como la gente de la antigua India miraban las nubes y decían:

—Flotando en el cielo están las vacas de Indra. La lluvia que viene de las nubes alimenta a todas las plantas, así como nosotros nos alimentamos de la leche de nuestras vacas.

Para esta gente, las vacas aquí en la tierra y las nubes en el cielo eran iguales; en su idioma sólo tenían una palabra para nubes y vacas.

En este antiguo idioma, la palabra 'go' significaba 'vaca' pero también 'nube.' Si un hombre decía:

Mi 'go' tiene un ternero, —entonces sabías que significaba una vaca real.

Si decía:

—Hay una oscura 'go' en el cielo —sabías que estaba hablando de una nube.

Vacas y bueyes eran los animales más importantes en el mundo para la gente de la antigua India, tiraban de los arados sobre el campo para que las semillas pudieran ser plantadas, y daban leche con la que podía hacer manteca y queso.

Hasta el excremento de la vaca era muy útil.

En un país tan caluroso no necesitan del fuego para mantenerse en calor, pero necesitas del fuego para cocinar.

Pero los árboles de los bosques que podían ser cortados como leña estaban a veces muy lejos.

En aquellos tiempos no habían ni ferrocarril ni camiones para llevar la madera desde lejanos lugares.

Entonces, ¿cómo hacía un campesino para encontrar combustible para su fuego?

Tomaba una pala y en un cubo recogía el excremento de bueyes y vacas y lo dejaba al sol para secarlo. El excremento seco quema muy bien y aún hoy en día los campesinos de la India lo utilizan, como lo hacían hace cientos de años.

Pero hay una cosa muy importante, la gente de la India jamás comía la carne de las vacas y bueyes.

Estaban tan agradecidos por todo lo que les daban las vacas que pensaron que sería un error matarlas para comerlas.

Y así es todavía hoy en día: ¡nadie mata una vaca o un buey o un ternero para comerse la carne! Hay una historia que les mostrará cuán estimada es una vaca.

En la India, había muchos sacerdotes de Brahma. Un sacerdote es como un ministro en una iglesia.

El edificio en el cual adoraba a sus dioses es llamado un templo y los sacerdotes que oficiaban en tales templos son llamados brahmanes.

Los Brahamanes de la India eran muy respetados por la gente, no sólo porque dirigían el culto sino porque ellos conocían las leyes y podían decirle a la gente qué estaba bien y qué estaba mal.

También ellos sabían cuando era la mejor época para sembrar las semillas. En aquellos días no había ni libros ni calendarios para saber qué día o mes era.

Sólo los brahmanes sabían el momento correcto y también sabían de muchas hierbas para curar a la gente cuando se enfermaban.

Pueden así darse cuenta qué importante era un brahmán en la sociedad india de esa época.

Un brahmán que había oficiado a los dioses y ayudado a la gente durante muchos años decidió que dejaría el templo y viviría solo en el bosque para rezar todo el tiempo.

Así vivió sin un techo sobre su cabeza y tenía solamente para comer las bayas que encontraba en el bosque.

El brahmán amaba a toda criatura viviente pero, sobre todo, le gustaba ir a la orilla de un río a observar a un pez jugando en el agua.

Su dura vida y sus rezos devotos le habían dado poderes que la gente corriente no tiene.

Uno de los poderes era este: podía sumergirse bajo el agua, echarse en el fondo del río, y quedarse allí todo el tiempo que quisiera.

Como le agradaba tanto el pez, acostumbraba echarse bajo el agua muy sonriente y el pez, acostumbrado a él, jugaba a su alrededor y nadaba entre sus largos cabellos sin ningún miedo.

Un día llegaron unos pescadores a esa parte del río navegando en un bote y echaron una gran red, una red muy fuerte, dentro del agua.

Cuando tiraron de ella no sólo estaba llena de peces sino que también estaba el hombre santo, el brahmán.

Los pescadores estaban muy sorprendidos de haber atrapado a un hombre vivo junto con sus peces.

Cuando lo reconocieron como el hombre santo, el brahmán del bosque, estaban muy asustados de que él se enojara y los destruyera con sus grandes poderes.

Tan pronto como lo sacaron de la red y le expresaron cuanto lamentaban haberlo molestado, el brahmán dijo:

—Yo no estoy enojado con ustedes. Ustedes son pescadores y deber hacer esto para vivir. Y ustedes no sabían que me pescarían con su red.

»Pero ahora, como me han pescado, me voy a quedar con el pescado, y cuando lo vendan, deberán venderme también a mí.

—¡Eso es imposible, —gritaron los pescadores.

»El gran rey de este país, él mismo nos dijo que le lleváramos pescado de este río.

»¿Cómo podemos ir y contarle que deberá pagar por el pescado y también por usted?

Pero el brahmán dijo:

—Llévenme a mí y al pescado frente al rey y entonces veremos qué es lo que sucede.

Así, los pescadores hicieron lo que les había dicho, llevaron al hombre santo y al pescado ante el rey y le explicaron cómo habían pescado al brahmán con los peces en su red y que él hombre santo les dijo que tenían que vender juntos al pescado y al hombre.

El rey estaba aterrorizado; temía ofender al hombre santo, que con una maldición podía destruirlo.

Parado el rey en sus espléndidas ropas reales, con miedo y temblando delante del ermitaño cuyos harapos y cabellos despeinados y la barba aún chorreando agua, el rey dijo:

—¿Por favor, dime qué debo pagarles a estos pescadores; daré cualquier cosa que desees?

Y el brahmán contestó:

—Primero págales por el pescado.

En aquellos tiempos, hace tanto tiempo, no había dinero ni de papel ni en monedas. Si uno quería comprar algo sólo podía hacerlo intercambiando una cosa por otra, que es lo que se llama 'trueque.'

La gente corriente intercambiaba algunos huevos por un trozo de manteca o quizás un ternero por una pieza de género.

Pero un rey, que tenía oro y joyas en el tesoro, pagaría con algo de eso lo que quisiera comprar.

Por lo tanto, el rey dijo:

—Le daré a estos hombre una copa de oro por su pescados.

—Sí, —dijo el ermitaño—, "eso es un buen precio. Pero ¿qué les vas a pagar a ellos por mí?

Otra vez el rey estaba preocupado en que quizás ofendería al hombre santo. Por lo tanto, dijo:

—Por tí les daré a ellos la mitad de todos mis tesoros.

—¿Qué?, —gritó el brahmán—.

»¿Crees que sólo valgo esa basura de metal muerto y piedras?

—¡No, no!, —gritó el rey—, ¡Ellos pueden tener todos mis tesoros!

Pero el brahmán sólo sacudió la cabeza.

—¡La mitad de mi reino!, —gritó el rey.

Y otra vez el brahmán sacudió la cabeza.

—¡Todo mi reino!, —dijo el rey desesperado.

—Ni siquiera cientos de reinos como el tuyo son de tanto valor como yo, —contestó el brahmán—.

Para ese entonces el rey estaba desesperado; no sabía qué hacer y le pidió al ermitaño esperar un día y así poder pensar sobre el precio correcto para pagar por el hombre santo.

Sumido en sus pensamientos, el rey salió a dar una caminata por el bosque. De repente vio, viniendo hacia él, a otro ermitaño, y se apresuró a su encuentro, se inclinó profundamente y le contó sus preocupaciones.

Entonces el otro ermitaño le dijo:

—La vida de cualquier otro ser humano es inestimable, todos los tesoros y todos los reinados del mundo no pueden pagar por un ser humano.

»Pero los hombres no pueden vivir sin vacas, tal como las plantas no pueden vivir sin la lluvia que proviene de las vacas de Indra en el cielo.

»Y de esta manera, una vaca tiene tanto valor como un ser humano.

El rey agradeció al ermitaño y se apresuró a volver a palacio.

Encontró al brahmán que los pescadores habían pescado y dijo:

—Les daré a ellos una vaca por tí.

El ermitaño sonrió.

—Es un precio correcto, —dijo.

Bendijo al rey y retornó al bosque. ♣

ii:4 los hijos de Pandú

De las historias que hemos aprendido sobre algunas cosas de la vida de la antigua India, hemos visto que la gente en aquel tiempo no tenía dinero.

Si querían conseguir algo, tenían que hacer trueque, cambiar una cosa por otra.

También aprendimos que las vacas eran —y aún lo son hoy día— tratadas como animales sagrados, que no debían ser matados.

Y en la última historia descubrimos que los sacerdotes o brahmanes eran tenidos en gran estima, que un rey estaba dispuesto a dar todo su reino como pago por un hombre santo.

Pero ¿cómo fue que los brahamanes comenzaron a ser honrados y respetados tan grandemente?

Cuando Manu trajo a sus compañeros a la India los dividió en tres grupos. Le dijo al primer grupo:

—Ustedes son los inteligentes, los sabios. Ustedes serán los sacerdotes y maestros. Ustedes serán como la cabeza del Brahma.

Al segundo grupo les dijo:

—Ustedes no son tan inteligentes pero son fuertes y bravíos. Ustedes serán guerreros y reyes. Ustedes serán como los brazos de Brahma.

Y al tercer grupo les dijo:

—Ustedes no son tan inteligentes, ni son tan fuertes y bravíos como los otros, pero son voluntariosos, fieles, trabajadores. Ustedes serán campesinos, carpinteros, sastres y comerciantes. Ustedes serán los pies de Brahma.

Esta división aún existe en la India. El hijo de un brahmán sólo puede casarse con una mujer que sea hija de un brahmán. Y el hijo de un campesino, aún cuando sea muy rico, no se puede casar con la hija de un guerrero o un bramán.

Hasta ahora, las historias que hemos escuchado han sido sobre los dioses o sobre brahmanes y hombres sabios. Ahora escucharemos algunas historias sobre guerreros, sobre grandes héroes.

Allí vivía una vez un rey cuyo nombre era Pandú. pero una gran desgracia vino hacia él.

Un día, mientras cazaba con arco y flecha, el rey Pandú disparó y mató accidentalmente a un hombre santo.

Estaba tan apenado por lo que había hecho —aunque no lo había hecho intencionalmente— que no quiso ser rey por más tiempo, y decidió vivir en el bosque como ermitaño y así pagar su castigo por la muerte del hombre santo.

El rey Pandú tenía cinco hijos pero todos eran todavía muy jóvenes para ser rey en su lugar. Así que Pandú se dirigió a su hermano y le dijo:

—Hermano, mi corazón está apenado porque no puedo olvidar al hombre santo que maté. No deseo ser rey por más tiempo, quiero ser yo mismo un ermitaño.

»¿Quieres dirigir mi reino y cuidar de mis hijos hasta que uno de ellos sea lo suficientemente grande como para poder ser rey?

Y el hermano le contestó:

—Haré ciertamente lo que me pides. Tus hijos se criarán con mis propios hijos y los cuidaré bien.

Así, el rey Pandú marchó al bosque acompañado por su reina que no deseaba abandonarlo.

El hermano de Pandú, cuyo nombre era Dritarastra, que era ciego, se hizo rey.

Hizo como había prometido y los cinco hijos de Pandú crecieron junto con sus propios hijos.

Un día los príncipes estaban jugando en el jardín con una pelota y se la tiraban entre ellos. Disfrutaban del juego, hasta que uno de ellos falló en la puntería y la pelota cayó en un profundo pozo.

Todos se apresuraron hacia el pozo y miraron dentro. Allí estaba la pelota flotando sobre el agua, pero tan profundo que nadie pudo alcanzarla.

Tomaron largos palos y trataron de sacarla de allí, pero la pelota volvía a caer dentro del agua.

Los príncipes estaban perdiendo las esperanzas de volver a jugar con la pelota cuando vieron a un anciano brahmán observándolos con una sonrisa.

Nunca lo habían visto antes, pero se dirigieron ansiosos hacia él y le pidieron que los ayudara a sacar la pelota.

El brahmán dijo:

—¿Qué? Ustedes son príncipes reales y ni siquiera pueden sacar una pelota de un pozo. ¡Miren, es bien fácil!

Arrancó una brizna de hierba del suelo, la tomó entre sus dedos, y la tiró dentro del pozo y se clavó en la pelota, tal como un dardo.

Eso sorprendió a los príncipes, pero no sacó la pelota.

—La pelota… consigue la pelota otra vez…, gritaban los príncipes—.

—Paciencia, paciencia, —dijo el brahmán—, sólo recién comencé.

Entonces tomó otra brizna de hierba y la tiró dentro del pozo y se clavó en la primera brizna de hierba, luego tiró una tercera que se clavó en la segunda, y así siguió hasta que las briznas de hierba eran como una soga que se subía hacia la boca del pozo.

Entonces, tiró de las briznas y sacó la pelota.

Los príncipes se lo agradecieron, pero entonces le pidieron a gritos:

—¡Enséñanos tu habilidad, enséñanos a lograrlo tan bien como tú!

—Entonces vayan a ver a Dritarastra, el rey ciego, y díganle que Drona ha venido, —dijo el brahmán—.

El brahmán Drona era famoso por su sabiduría y habilidad, y el rey ciego estaba muy complacido de que los príncipes hayan encontrado tan buen maestro.

Drona instruyó a los siete príncipes, los cinco hijos de Pandú y los dos hijos del rey ciego.

Él les enseñó todas las cosas que los príncipes deben saber: de los poemas de sabiduría que provenían de Manu, y de cómo usar espadas y el arco y flecha con destreza.

Ahora bien, uno de los hijos de Pandú, Arjuna era más entusiasta que los demás en el uso del arco y flecha.

Una noche cuando estaba comiendo, la lámpara se apagó, pero él continuó su comida. Arjuna pensó que así como él puede llevar comida a su boca aún en la oscuridad, podría también, con práctica, dar en el blanco en la oscuridad.

Desde ese momento, practicó el tiro con arco y flecha tanto de día como de noche.

Y cuando Dona escuchó el vibrar de la cuerda del arco de Arjuna en el aire nocturno, fue hasta él y lo elogió. ♣

ii:5 la proeza de Arjuna

Ya escucharon como los siete príncipes fueron instruidos por el sabio brahmán Drona en la destreza del uso de las armas y que también aprendieron muchas poesías.

Recuerden que en ese tiempo no habían libros porque el arte de leer o escribir aún no había sido inventado.

Historias como las que han estado escuchando y muchas, muchas más, eran contadas de una persona a otra. La gente mayor le contaba las historias a la gente joven, y cuando la gente joven se hacía mayor se las contaban a la generación siguiente.

Los brahmanes también contaban historias a la gente, a los guerreros y a los campesinos, y las historias que contaban eran especialmente largas e importantes.

Y si un niño se convertía en sacerdote brahmán, parte del entrenamiento era aprender de memoria esas historias, esas largas historias.

Pero había algo que hacía más fácil aprender tan largas historias, tantos poemas muy largos: ¡estaban escritos en verso!

No había libros pero la gente tenía algo realmente mejor, tenía una maravillosa memoria.

Tenían mucha mejor memoria de la que tenemos hoy en día; así ellos podían aprender largos poemas de memoria mucho más fácilmente que nosotros.

El poema fundamental de la religión de la India, el Majabhárata, contiene cien mil versos, que un brahmán de esos antiguos días aprendía de memoria y una vez que lo sabía nunca lo olvidaba.

Y como esas historias y poemas eran aprendidos fielmente, se pasaban exactamente palabra por palabra, de los brahmanes ancianos a los jóvenes, y así por cientos de años y ni una sola palabra era cambiada u olvidada.

Sólo piensen en ello. Una generación de brahmanes venía aprendiendo los poemas, se los contaban a la siguiente generación y moría. Incontables brahmanes han ido y venido. pero los poemas han sobrevivido sin cambios.

En nuestro tiempo, todo esas historias están ahora escritas en libros; sin embargo, los brahmanes aprenden una gran parte de ellas de memoria, aunque mucho menos que en los tiempos antiguos.

Y en la historia del los cinco hijos de Pandú y de los dos hijos del rey ciego Dritarastra es una de aquellas que los brahmanes han estado contando a la gente de la India por muchos miles de años.

El sabio brahmán Drona se convirtió en el maestro de los siete príncipes. Aprendieron de él la sabiduría y el conocimiento del cual futuros reyes necesitarían en aquella época: cómo gobernar con justicia e imparcialidad, y cómo dirigir un ejército a la batalla.

Les enseñó buenas maneras de comportarse, les enseñó a cabalgar y a manejar carros, y les enseñó a tener habilidad con la espada, el hacha de guerra y el arco y flecha.

Pero los hijos de Pandú eran muy diferentes en sus habilidades.

El mayor, Iudistira, era también el más sabio de los hermanos. Era muy inteligente y cuando el maestro hacía una pregunta difícil, siempre era Iudistira quién podía contestarla primero.

Pero Iudistira no era tan bueno con las armas como sus hermanos.

El segundo príncipe, Bhima, no era tan inteligente, casi siempre era el último que encontraba la respuesta a una pregunta, pero era extremadamente fuerte.

Su arma favorita era la maza, una barra fuerte o palo con una pieza de metal redonda en el extremo. Cuando Bhima golpeaba con su maza las piedras se convertían en polvo y el hierro se rompía como si fuera madera delgada.

Los dos príncipes más chichos eran mellizos, Nakula y Sajádeva. No eran tan inteligentes como Iudistira, no tan fuertes como Bhima, pero nadie podía tratar mejor a los caballos que los mellizos. Cuando ellos cabalgaban, los podían hacer galopar mucho más rápido que los otros.

El tercero era Arjuna, que como ya oyeron era bueno con todas las armas, nadie tenía puntería más segura con el arco y flecha o podía manejar un carro como él lo hacía.

Estos eran los cinco hijos de Pandú.

Los dos hijos del rey ciego Dritarastra también se hicieron guerreros fuertes y bravos, pero ellos eran a menudo celosos de los otros príncipes, sus primos, y de sus logros.

Un día, el maestro Drona quiso hacerles una prueba a sus alumnos reales. Le pidió al rey ciego algo de oro y joyas y con ellos hizo un pequeño pájaro, con ojos de rojos rubíes.

El brahmán colocó al pájaro en lo alto de las ramas de un árbol. Llamó entonces a los príncipes y les dijo:

—Ahora los voy a llamar a cada uno de vosotros por turno. Cuando les llegue el momento, apunten al ojo del pájaro con vuestro arco y flecha, pero no disparen hasta que yo les diga.

Se volvió al príncipe mayor, Iudistira, y le dijo:

—Es tuyo el primer turno.

Iudistira tomó el arco y flecha y apuntó cuidadosamente, listo para disparar a la orden de Drona.

Pero dijo Drona:

—Antes de disparar dime si puedes ver el pájaro.

—¡Sí, —dijo el príncipe—, puedo ver el pájaro!

Y Drona dijo:

—¿Puedes ver el árbol?

—¡Sí!, —dijo Iudistira—.

—¿Puedes verme a mí y a los otros príncipes?

—¡Sí, los puedo ver a todos! —fue la respuesta.

Drona preguntó lo mismo tres veces y cada vez obtuvo la misma respuesta: "Puedo ver el pájaro, el árbol y a todos ustedes."

Cuando había preguntado por tercera vez, Drona suspiró y con voz triste dijo:

—Baja el arco y la flecha, Iudistira. A tí no te corresponde disparar el arco.

Entonces Drona llamó a los otros príncipes. Uno después del otro tomaron puntería y tres veces les hizo la misma pregunta que le había hecho a Iudistira.

Cuando ellos dieron la misma respuesta, les dijo que bajaran el arco y la flecha y no les dejó disparar al pájaro.

Al final, le tocó el turno a Arjuna. Otra vez Drona preguntó:

—¿Ves el pájaro, el árbol, a los otros príncipes y a mí?

Pero Arjuna contestó:

—No, maestro, yo no veo nada más que al pájaro.

—Describe al pájaro, ¿cómo lo ves?, —gritó Drona.

—No te lo puedo decir, —contestó Arjuna—, porque yo sólo veo los rojos rubíes de sus ojos.

Cuando Drona oyó esta respuesta estuvo encantado y gritó:

—¡Dispara!

La flecha de Arjuna fue volando y golpeó al pájaro que cayó del árbol, y cada uno pudo ver que la flecha había traspasado la cabeza entre los ojos color rubí.

—Vean ustedes: cuando tengan un trabajo que hacer, deben olvidar todas las demás cosas y prestar atención sólo al trabajo.

Arjuna fue el único que había entendido esto y así pudo pasar la prueba. Pero sus hermanos y primos no pudieron. ♣

ii:6 el viaje a Benarés

Han escucharon sobre los largos poemas en verso que los brahmanes de la India aprendían de memoria y recitaban a la gente.

La historia de los hijos de Pandú es la más famosa de ellas. No hay nadie en la India de hoy día, hasta los más pobres campesinos, que no haya escuchado sobre las hazañas de Arjuna o que no conozca quién era Iudistira.

Así como todos ustedes saben sobre David y Goliat, o la historia de María, José y el niño en el pesebre, porque son historias halladas en la Biblia, así mismo, la historia de los hijos de Pandú está escrita en el libro sagrado Mahábharata, que todos conocen en la India.

Saben que los dos hijos del rey ciego Dritarastra crecieron junto a los cinco hijos de Pandú y, a medida que el tiempo pasaba, los hijos del rey ciego se volvían más y más celosos de sus cinco primos.

El hijo mayor del rey ciego se llamaba Duryodhana.

Mientras crecía, había un solo pensamiento que no podía soportar y que llenaba su corazón con odio, envidia y furia salvaje.

Era el pensamiento de que cuando su padre muriera, Iudistira, el hijo mayor de Pandú sería rey, y poco a poco Duryodhana comenzó a pensar para sí:

"Yo debería ser rey cuando muera mi padre en lugar de alguno de los hijos de Pandú."

Un día Duryodhana fue a ver a su padre y le dijo:

—Seguramente no es justo que debiera gobernar el reino Iudistira. No es tu hijo y yo deseo ser rey después de tí.

Aunque el rey ciego hubiese deseado realmente el trono para su propio hijo, le gritó:

—¡No puede ser! Yo le prometí a mi hermano Pandú que su hijo mayor gobernaría cuando yo muera.

Pero Duryodhana contestó:

—¿Qué importancia tiene que le hayas hecho una promesa a Pandú?

»Como sabes, su mujer, la madre de sus cinco hijos, que acompañó a Pandú en el bosque, ha vuelto con la noticia de la muerte de Pandú.

»Ella se está quedando con sus hijos y ahora, con Pandú muerto, no hay nadie que pueda enfrentarte en tu contra.

»Seguro que tú, como rey, tienes el poder de encargarte de los hijos de Pandú.

Y prosiguió el hijo:

—Si no te atreves a hacer algo contra ellos abiertamente, hay formas de deshacerse de ellos con astucia.

»¡Escúchame! He ideado un plan para matar a los cinco y a su madre, así nadie será capaz de culparte a tí o a mí.

Cuando el rey ciego escuchó el plan de su hijo, se olvidó se la promesa que le había dado a su hermano ya muerto y estuvo de acuerdo con Duryodhana en llevar a cabo la muerte de los cinco príncipes con su malvado y homicida plan. Pronto sabremos lo que tenían en mente.

En las orillas del río sagrado Ganges había —y todavía sigue allí— una famosa ciudad llamada Benarés.

Un día, cuando el rey y todos los príncipes y la corte estaban juntos, Duryodhana comenzó a alabar la belleza de esa ciudad. Habló de los hermosos edificios, de los grandes parques y jardines, y del ancho y extenso río Ganges.

Cuando los cinco hijos de Pandú oyeron sobre la hermosa ciudad dijeron:

—Nos gustaría ver Benarés y sus finos edificios. Nos encantaría ver el sagrado río Ganges, el hijo de los Himalayas.

Inmediatamente, el rey ciego dijo:

—Entonces iréis allí, mis queridos sobrinos. Y ustedes y su querida madre viajarán todos con apropiada realeza. Cada uno de ustedes viajará en su propio elefante.

Entonces Duryodhana dijo:

—Espléndidos son los edificios de la famosa ciudad, pero ninguno de ellos es de suficiente valor para ustedes, mis queridos primos.

»Mandaré a mi propio experto constructor a Benarés. Él es un artesano más allá del elogio y él construirá una casa para ustedes, que hará que todos los otros edificios parezcan cabañas pordioseras.

»Ustedes y vuestra querida madre tendrán una casa acorde a su realeza, una casa adecuada para reyes.

Los cinco príncipes estaban grandemente agradecidos por tanta amabilidad y que se organizaba todo para su estadía.

Mientras ellos y su madre preparaban todo para el viaje, Duryodhana envió a su experto constructor hacia Benarés para que la casa pudiera estar lista cuando ellos llegaran.

Pero Duryodhana habló al constructor en secreto y le dijo:

—Es mi deseo que los cinco hijos de Pandú nunca regresen de Benarés.

»Para ello, no construyas la casa de ladrillo y piedras sino de madera, que prenda fuego rápidamente.

»Y una noche, cuando todos estén dormidos, préndele fuego.

»Cuando la descendencia de Pandú haya sido destruida, te recompensaré con tanto oro como un elefante pueda acarrear.

Y el experto constructor prometió que haría lo que Duryodhana deseaba.

Ya conocen lo que hacen los carpinteros para dar brillo lustroso a una tabla de madera o armario. ¡La pintan con barniz!

En los lejanos países del este, en India, pero también en China y Japón, tienen un barniz especial muy suave y brillante que está hecho de resina de pino.

Tiene un olor muy particular pero es también altamente inflamable, es decir, prende fuego y se quema muy rápidamente.

Así que el constructor partió apresuradamente hacia Benarés, llevándose trabajadores con él y comenzaron a construir una casa muy hermosa de pino, madera que quema mucho más rápidamente que cualquier otra.

Cuando estuvo terminada la pintó tanto por dentro como por fuera con una gruesa capa de barniz.

Cuando el sol se reflejaba en el suave y brillante pulido de la casa, la hacía relucir. No había una casa como aquella en todo Benarés.

Al lado construyó una pequeña casa para sí mismo, así podía salir sigilosamente en la noche y no tendría que ir muy lejos para prender fuego a la casa grande de madera.

Pensó que tan pronto como el fuego estuviera ardiendo, huiría precipitadamente y pediría su recompensa a Duryodhana.

La pulida y brillante casa estaba lista y los cinco hermanos y su madre arribaron a la ciudad.

Los elefantes en los cuales habían viajado fueron colocados en establos en otra parte de la ciudad.

Los príncipes y su madre fueron a ver la hermosa casa cuyo primo Duryodhana le había pedido al experto constructor que hiciera para ellos. ♣

ii:7 escape de las llamas

Los cinco hijos de Pandú y su madre arribaron a Benarés y entraron en la hermosa casa de madera con su brillante barniz, que el constructor había hecho para ellos.

Recuerdan que el más inteligente de los hermanos era Iudistira. Mientras los demás estaban admirando la casa y diciendo cuán generoso había sido su primo Duryodhana, Iudistira fue de pieza en pieza.

Aspiró la dulce esencia del barniz y miró las paredes de madera de pino, de la cual la casa estaba construida.

Cuando había mirado todo, Iudistira fue a ver a sus hermanos y su madre y dijo:

—Tienen poca razón para estar tan agradecidos con la casa, porque necesita tan sólo una pequeña chispa para hacer que todo el edificio se convierta en brillantes fuegos artificiales.

»¿Creen que es sólo por diversión que esta casa ha sido construida con materiales que se queman como pira funeraria, donde se creman a los muertos?

»¡No! Les digo que toda la casa es una trampa donde muestro primo Duryodhana espera quemarnos vivos.

Los otros hermanos no le creyeron pero cuanto más lo pensaban más se daban cuenta que Iudistira tenía razón.

Entonces, el sabio Iudistira dijo:

—Escúchenme. Les diré como podemos arruinar el malvado plan de Duryodhana.

»Cavemos un pozo profundo en el suelo, aquí dentro de la casa.

»Desde el pozo cavaremos un largo túnel bajo tierra que saldrá bien lejos, cerca del borde del bosque.

»Y a través de ese túnel escaparemos todos.

Bhima, el hermano fuerte, dijo:

—Sí, haremos un túnel, pero cuando esté listo no esperaremos a que nuestro enemigo prenda fuego a la casa.

»¡Nosotros mismos comenzaremos el fuego y escaparemos, entonces Duryodhana pensará que hemos perecido en el fuego.

Durante la noche, cuando nadie podía observarlos, los hermanos cavaron el pozo y el largo túnel subterráneo.

Por la mañana, el trabajo estaba terminado y el pozo cubierto con tablas de madera, así que nadie pudo ver lo que habían hecho.

Por supuesto, el malvado constructor no sabía nada de eso. Él estaba esperando por una muy oscura noche sin luna para poder deslizarse dentro de la casa sin ser visto e iniciar el fuego.

Pero los hermanos no esperaron. Una noche, cuando el constructor estaba profundamente dormido, Bhima prendió fuego a la gran casa.

Mientras las llamas estaban extendiéndose, los hermanos y su madre levantaron las tablas de madera que cubrían el pozo, bajaron dentro e iniciaron su escape a través del túnel subterráneo, saliendo en el bosque.

Mientras tanto, la cabaña del constructor también tomó fuego y fue quemado hasta morir.

Cuando llegó la mañana, la casa grande y la casa pequeña, con el constructor adentro, no eran más que un montón de cenizas.

Y todos pensaron que los cinco hermanos y la mamá también habían muerto en el fuego.

Cuando la noticia de que los príncipes estaban muertos llegó a los oídos de Duryodhana y su padre ciego, pretendieron estar muy apenados.

Duryodhana estallaba en llanto sobre la perdida de sus queridos primos y el rey ciego no comió en todo el día para mostrar que estaba tan triste que hasta había perdido el apetito.

Pero muy pronto el rey ciego anunció que, debido a que todos sus sobrinos habían fallecido, su propio hijo Duryodhana sería el heredero de su reino.

Mientras tanto, los hermanos y su madre habían huido de Benarés hacia una ciudad distante.

Allí, los cinco hijos de Pandú se disfrazaron de brahmanes para que nadie supiera que todavía estaban vivos.

La ciudad se llamaba Panchala, cuyo rey, llamado Drupada, tenía una hermosísima hija, cuyo nombre era Draupadi.

Muchos príncipes deseaban casarse con ella, pero era difícil decidir quién era de más mérito para ser su esposo.

Un día el rey llamó al mejor fabricante de arcos de la corte y le ordenó que hiciera un arco fuerte y grande, tan rígido que era casi imposible doblarlo.

Entonces el rey anunció que sería realizada una gran competencia.

El primer hombre que pueda dispara una flecha con este arco y pasarla a través de un anillo colgado de un árbol ganará la mano de la princesa.

Cuando llegó el día de la competencia, arribaron reyes y príncipes desde toda la India, y cada uno deseaba casarse con la hermosa princesa Draupadi.

Pero en tan gran festival no habían sólo esperanzados reyes y príncipes, sino también muchos brahmanes y gran multitud de observadores.

Miles de personas llegaron, aguardando la entrada del rey y la princesa, para que la competencia pudiera comenzar.

Y, entre la multitud, estaban los cinco hijos de Pandú disfrazados de brahmanes. ♣

ii:8 Arjuna conquista la mano de la princesa

La competencia por la atractiva princesa Draupadi era un gran festival. A los bordes y alrededores de un gran campo verde habían sido construidas galerías que estaban llenas, repletas de nobles, cortesanos, damas y todos los reyes y príncipes que habían venido a probar su fuerza con el gran arco.

Alrededor del campo había una vasta multitud de gente de la ciudad y de la campiña, todos deseosos de mirar la competencia.

También había un lugar especial donde estaban parados los brahmanes en sus ropas blancas y, entre ellos, estaban los cinco hijos de Pandú.

Tan grande era la cantidad de gente que había venido a ver la competencia que el clamor de sus conversaciones era como el sonido de grandes olas en el mar.

Cuando la princesa Draupadi llegó con su padre, el rey, todos hicieron silencio.

Su rostro era dulce y gentil, sus ojos, grandes y oscuros, y sonrió a la muchedumbre.

Llevaba puesto un sari de seda rojo profundo. En su mano llevaba una guirnalda y una corona de hojas de oro y flores hechas con joyas, la cual sería entregada al ganador de la competencia.

Cuando el rey y la princesa estuvieron sentados, un brahmán cuyo pelo y barba eran blancos por la edad, se aproximó a un altar que estaba colocado en el campo. Sobre el altar había pasto seco y colocó aceite sobre el mismo.

El brahmán recitó los versos santos de la plegaria, prendió el fuego y cuando las llamas se elevaron, pidió a los dioses que bendijeran la competencia.

Comenzó el certamen y se adelantó el primero de los muchos reyes que habían venido a conseguir a la bella Draupadi.

Era un hombre alto de mirada fiera, con una larga barba negra. Bajó al campo, levantó el pesado arco, que era más alto que un hombre, colocó una flecha en la cuerda e intentó estirarlo.

Pero aunque ponía todas sus fuerzas, en arco no se combó ni un poco.

Hubo risas tontas entre la multitud pues ver a un hombre tan fuerte y alto tirando con todas sus fuerzas sin ningún resultado parecía más bien gracioso. Eso enojó mucho al rey arquero.

Con la cara roja y sudorosa por sus esfuerzos intentó otra vez, pero el arco no se combó.

Avergonzado, tuvo que dejar el arco y dar lugar al siguiente pretendiente.

Uno tras otro, todos los reyes y príncipes que probaron sus fuerzas fallaron. Algunos trataban tan duro que forzaban sus brazos y no pudieron usarlos por varias semanas.

Ninguno logró combar el arco.

Aunque Arjuna había venido con sus hermanos sólo a observar la competencia, cuando vio a la hermoso princesa Draupadi sintió que nunca podría amar a ninguna otra mujer que no fuera ella.

Cuando todos los reyes y príncipes habían fallado en el intento, Arjuna dió un paso dentro del campo.

Un murmullo de sorpresa surgió de la muchedumbre, porque veían a un hombre en las ropas blancas de brahmán, acercarse al lugar que ocupaban el rey y la princesa.

Cuando Draupadi miró a Arjuna, su corazón pareció dar un pequeño salto y murmuró una plegaria a los dioses para que lo convierta en el ganador de la competencia.

Pero su padre, el rey, mostraba muy mal talante cuando vio al brahmán tomar el arco. Quería como yerno a un gran príncipe o rey y no a un sacerdote que nunca sería líder de un gran ejército o pelearía una batalla.

Todos los ojos observaban intrigados cuando el joven hombre vestido de brahmán levanto sus manos rezando a los dioses.

Levantó luego el arco, puso una flecha, tomó puntería y estiró la cuerda. El arco se combó tan fácilmente como si hubiera sido el tallo de una flor.

Y entonces dejó volar a la flecha, que silbó a través del aire y atravesó limpiamente el aro colgado del árbol.

Luego del mudo silencio, la multitud explotó en vítores y aplausos. Sonó como un trueno. Sólo los reyes y príncipes derrotados callaron enojados y tristes.

Pero el corazón de la princesa Draupadi estaba lleno de júbilo.

Ella bajó de su sitial, avanzó hacia Arjuna y colocó la guirnalda de oro sobre sus hombros.

Arjuna la tomó de la mano y la condujo junto a sus hermanos.

Juntos, hicieron rápidamente el camino entre la multitud y la pequeña casa donde su madre estaba esperándolos.

El viejo rey Drupada, el padre de la princesa Draupadi fue tomado totalmente por sorpresa. Este extraño joven brahmán se había llevado a su hija.

Ambos habían desaparecido entre la multitud y él ni siquiera sabía a dónde habían ido.

Así que el rey llamó a su hijo Drishtadyumna, el hermano de Draupadi, y le dijo:

—Ve a la ciudad. Averigua dónde se han ido y entonces me informas lo que has visto.

El hermano fue a la ciudad y preguntó a la gente si habían visto a un brahmán con la guirnalda de oro y una señorita en sari rojo oscuro.

Después de preguntar incontable veces llegó a una pequeña casa con paredes muy finas. Cuando puso su oreja en la pared pudo oír a la gente en su interior hablando, y los escuchó llamándose uno al otro con los nombres de Iudistira. Bhima, Arjuna…

Él sabía que estos eran los nombres de los famosos hijos del rey Pandú y, por lo tanto, no eran brahmanes.

El hermano de Draupadi se apuró para volver al palacio e informar al rey.

Su padre estaba rebosante de alegría con la noticia que su hermosa hija no se iba a casar con un brahmán sino con un famoso príncipe.

Envió carruajes y sirvientes a la casa para llevarlos de vuelta a palacio.

Al principio, los hermanos continuaron tratando de pretender ser brahmanes, pero finalmente tuvieron que admitirle al rey quienes eran.

Hubo gran júbilo y se llevó a cabo la fiesta de casamiento.

Por supuesto que la noticia de que la princesa Draupadi se había casado con Arjuna pronto se difundió por todas partes.

Así, el malvado Duryodhana y su padre Dritarastra, el rey ciego, llegaron a saber no sólo que los cinco hermanos estaban vivos sino que, a través del casamiento, se habían hecho parientes de un rey grande y poderoso.

Ni a Duryodhana ni a su padre les resultó en absoluto agradable esta noticia y se preguntaban qué hacer. Al fin, el rey ciego dijo:

—Yo ya he declarado delante de la gente que tú serías mi sucesor en el trono. Pero si tratamos de ser amigables con los cinco hermanos estoy seguro de que estarán de acuerdo en tomar sólo la mitad de mi reino y tú podrás quedarte con la otra mitad.

Por lo tanto, fue enviado un mensajero a los hermanos. Decía cuán complacidos estaban su tío y su primo de escuchar que no habían perecido en el incendio y los invitaba a volver para que el reino pudiera ser justamente dividido.

Los cinco hijos de Pandú fueron generosos y perdonaron. Ellos volvieron a su propio reino con su madre y la princesa Draupadi.

Y cuando Dritarastra, el rey ciego, les imploró que tomaran la mitad del reino y dejaran la otra a su hijo Duryodhana, aceptaron con gusto para mantener la paz de la familia.

De cualquier forma, la paz no duraría mucho. ♣

ii:9 un fatídico juego de dados

Dritarastra, el rey ciego, había persuadido a los cinco hermanos de compartir el gran reino con su hijo Duryodhana. Los hermanos tomarían una mitad y Duryodhana tomaría la otra.

Pero cuando el rey ciego dividió las tierras no sólo lo hizo imparcialmente.

Su hijo recibió la mitad de la campiña donde había espléndidas ciudades, grandes manadas de ganado pastaban en campos verdes y los campesinos cosechaban abundantes cultivos cada año.

Pero la mitad dada a los cinco hermanos era de densos bosques y tierra pedregosa, había seis pequeñas villas y la gente era pobre.

Los hijos de Pandú no estaban desanimados ni argumentaron con Duryodhana o su padre.

En vez de eso fueron con los campesinos y les dijeron:

—Si nosotros realmente trabajamos duro, entonces esta tierra, pobre como parece, nos hará ricos y acaudalados más allá que cualquier cosa que Duryodhana tenga.

»El trabajo de manos humanas voluntariosas puede crear riquezas de desiertos estériles y bosques salvajes.

Así, todos se pusieron a trabajar. Tiraron abajo bosques para crear campos y construyeron canales para llevar el agua del río y regar la tierra estéril. Así, la simiente pudo crecer y hubo cosechas abundantes.

Construyeron hermosas ciudades y echaron y mataron a los ladrones que habían hecho al territorio inseguro para la gente honrada.

Tan grande devino la fama de los cinco hermanos que gente de todas partes de la India iba a vivir en su campiña.

En unos pocos años la región que Iudistira y sus hermanos gobernaban comenzó a ser próspera.

Tenían más gente, más riqueza y más ciudades hermosas que le región de Duryodhana.

El corazón de Duryodhana estaba carcomido por envidia y codicia. Ya no estaba satisfecho con sus ricas tierras, ¡quería las de sus primos también!

En aquella época, un guerrero, un príncipe o un rey no podía nunca rehusar el reto para una pelea. Si otro rey o guerrero decía: "¡Pelea conmigo o eres un miserable cobarde!," el interpelado debía, por supuesto, ir y pelear, aún si su enemigo era más fuerte.

Había, sin embargo, otra forma de reto que ningún guerrero, príncipe o rey tampoco podía rehusar y esa forma era 'el desafío a un partido de apuestas,' Pero en aquellos tiempos no habían cartas para jugar y apostar.

La gente tiraba los dados y si su puntaje era mayor que el que obtenía el tiro del contrincante, ganaba. Si obtenía menos puntos, perdía.

Así ocurrió que el hábil Duryodhana invitó a Iudistira a un partido de apuestas.

Sabía que Iudistira perdía toda su inteligencia cuando apostaba.

Lo que era peor, una vez que Iudistira comenzaba a apostar, la excitación tomaba control sobre él, no podía parar sin importar cuánto hubiera perdido.

Y siendo un guerrero y un príncipe, no pudo rehusar la invitación de su primo Duryodhana.

Así, los cinco hermanos y la hermosa princesa Draupadi fueron a la ciudad donde gobernaba Duryodhana para tomar parte en el partido de apuestas que ninguno de ellos jamás olvidaría.

Habían traído oro y joyas con ellos. Y cuando Iudistira y Duryodhana comenzaron a tirar los dados jugaron, al principio, por el tesoro.

Duryodhana tenía listo su tesoro, en caso que perdiera. Pero no tenía miedo de perder. Su propio dado estaba hecho tan taimado que siempre sacaban el número más alto.

Cuanto Iudistira perdía tiro tras tiro, todo el tesoro que había traído fue para Duryodhana.

Pero en ese momento Iudistira había sido poseído por el partido y ya no pudo parar. Dijo:

—Ahora apostaré todos mis elefantes contra tí. Si gano, me devuelves mi tesoro. Si pierdo, todos mis elefantes son tuyos.

Pero otra vez Iudistira perdió.

A continuación perdió todos sus caballos, sus ciudades, sus campos, y su ganado. ¡En poco tiempo todo el reino fue perdido!

Pero esto no fue el final. Iudistira se volvió a sus hermanos y dijo:

—¡No me queda nada más para apostar, excepto ustedes, mis hermanos! Sí pierdo, ustedes y yo seremos esclavos de Duryodhana. Pero si gano, todo lo que he perdido será mío otra vez.

Los hermanos no iban a fallarle a Iudistira y estuvieron de acuerdo, mientras Duryodhana hacía una cruel sonrisa.

Había muchos observadores en el partido, pero todos mantenían un silencio mortal mientras se hacía este fatídico tiro.

Cuando Duryodhana y Iudistira habían tirado sus dados, era claro que Iudistira había perdido. Desesperado gritó:

—¡Mis hermanos y yo somos tus esclavos, pero la reina Draupadi aún es libre!

Se jugó el último tiro entre la reina Draupadi y todo lo perdido. Otra vez Duryodhana asintió y el dado rodó.

Otra vez perdió Iudistira y también Draupadi estaba perdida.

Duryodhana rió fuerte y gritó:

—¡Pónganse de rodillas ante vuestro amo, esclavos! ¡Y tú, esclava mujer, Draupadi, échate a mis pies junto al taburete.

Pero en ese momento hubo un terrible ruido.

Era el graznido de cientos de cuervos que de repente volaron sobre el palacio, y como respuesta al graznido de cuervos, vino un fuerte rebuzno de todos los burros guardados en los establos,del rey.

Entonces el rey ciego apareció tropezando en la pieza donde estaban jugando y gritó:

—¿No saben que cuando los cuervos graznan y los burros contestan significa que los dioses han mandado una maldición contra tí?

»¿Qué has hecho Duryodhana para atraer esa maldición sobre nosotros?"

Duryodhana le contó que él había ganado los cinco hermanos, a Draupadi y toda la tierra en el juego de dados.

Pero el rey ciego gritó:

—¡No, todo lo que has ganado es más bien nada si los dioses te maldicen!

»¡Tira los dados otra vez!

»Si Iudistira gana todo lo que ha perdido será otra vez de él. Pero si él pierde, entonces, él, sus hermanos y Draupadi deberán ser libres.

»Pero darán una promesa de irse y vivir por trece años en el bosque como ermitaños.

»Si vuelven antes de ese tiempo, ellos serán esclavos tuyos por romper la promesa.

Duryodhana no estaba conforme con lo que su padre le dijo. Pero como tenía miedo por la maldición de los dioses si mantenía a los hermanos como esclavos, aceptó.

Una vez más el dado fue tirado y Iudistira perdió.

Entonces, los hermanos y Draupadi cambiaron sus ropas reales por las pieles ásperas de animales de los ermitaños. Abandonaron el país, que ahora era posesión de Duryodhana y se volvieron al bosque.

¡Nunca, ninguno de ellos reprochó a Iudistira lo que había pasado! Lo que había pasado, había pasado y era mucho más importante que ellos se ayudaran unos a otros en los duros años por venir.

Y fue porque estaban viviendo en el bosque que Arjuna encontraría el arma que, un día, derrotaría al malvado. ♣

ii:10 el arco llamado Gandiva

La vida en los bosques fue cruel y severa para los hermanos y Draupadi.

La reina se había acostumbrado al confort de una corte real durante toda su vida, pero ahora no tenían ni techo sobre sus cabezas. Tenían que comer fruta salvaje, bayas y raíces, y no tenían más que hojas caídas para sus camas.

Iudistira, mientras tanto, pensaba en el tiempo. Terminarían los trece años, Duryodhana trataría de destruirlos otra vez y parecía seguro que los cinco hermanos tenían que pelear con su primo.

Pero ¿cómo podrían pelear contra el gran poder que había adquirido al sacarle a ellos sus tierras?

Un día, mientras Iudistira reflexionaba esta pregunta de repente un bramán estaba parado ante él.

El brahmán dijo:

—Tú corazón, ¡oh, noble rey!, está preocupado por el gran poder y fuerza de tu enemigo.

»Pero nadie en el mundo puede levantarse en contra de tu hermano Arjuna.

»Si él va hacia las montañas, arriba en los hielos y nieves del Himalaya, y vive allí consigo mismo en profunda plegaria, un gran dios se le aparecerá.

»De aquel dios, él recibirá el poder de derrotar a vuestro enemigo.

Entonces el bramán desapareció y nadie sabía de dónde había venido, cómo sabía de las preocupaciones de Iudistira o adónde se había ido.

Pero cuando Arjuna escuchó lo que el brahmán había dicho, partió inmediatamente hacia las grandes montañas.

Allí arriba, donde los campos de nieve se veían debajo de él, había aún menos para vivir de que lo que había habido en el bosque. Unas pocas hojas marchitas y las raíces de algunas plantas era todo lo que pudo encontrar.

Ahora, si uno vive una vida corriente como lo hacemos todos nosotros, no sería posible vivir con tan poco. Pero Arjuna no estaba trabajando, y no estaba jugando o divirtiéndose.

Él estaba sentado en profunda plegaria por muchas horas al día y por muchas horas en la noche.

Si uno vive de esa manera, el cuerpo saca su fortaleza de la plegaria, no de la comida, y requiere solamente muy poco alimento para mantenerse vivo y saludable.

Pero también habían animales salvajes en las montañas y Arjuna había traído su arco, para protegerse.

Un día estaba orando cuando fue molestado por un cerdo salvaje, un gran chancho salvaje con 'largos y afilados colmillos.'

Cuando la bestia se abalanzó hacia él, rápidamente tomó su arco y flecha y disparó. La flecha golpeó al cerdo que se desplomó.

Pero Arjuna se sorprendió mucho cuando se dió cuenta que había dos flechas en el cerdo muerto.

Entonces vio al otro cazador, alto y majestuoso, que le dijo:

—¡Este cerdo es mío, mi flecha lo atravesó! ¿Quieres pelear contra mí por él?

Arjuna aún era un guerrero, por lo que no pudo evitar el desafío. Levantó su arco otra vez y disparó una flecha al extranjero, pero la flecha simplemente desapareció en el otro hombre, sin hacerle ningún daño.

Y así pasó con la segunda y la tercera.

De repente, se dió cuenta de que su espera había terminado y que ahora estaba parado ante el dios con cual él había venido a encontrarse en las montañas.

Se arrodilló y ante sus ojos el extraño parecía crecer, su cabeza parecía que tocaba las estrellas y aún las montañas del Himalaya parecían pequeñas a su lado.

Arjuna también vio que había una gran compañía con el extraño, que parecía como cientos de personas, hombres, mujeres, niños, reyes, sacerdotes y pordioseros.

Entonces, el extraño le preguntó:

—¿Conoces a alguna de estas personas que ves ahora?

Arjuna respondió:

—¡No, señor, no conozco a ninguno de ellos todavía; de alguna manera, tampoco me parecen desconocidos. Debe ser gente que yo he conocido hace mucho, mucho tiempo.

Y el extraño dijo:

—Yo soy el rey Indra y te revelaré quienes son esta gente.

»Tú, Arjuna, y todos los demás seres humanos no están aquí en la Tierra por primera vez. Mucho tiempo antes de que tú hayas nacido como Arjuna vivías como un brahmán.

»Ese brahmán murió pero su alma sobrevivió y volvió a nacer como Arjuna. Aún antes de vivir tú como un brahmán, tú tenías otra vida en la Tierra cuando eras un campesino humilde.

»Y aún antes de eso, habías tenido otras vidas.

»Tú has ido pasando muchas vidas aquí en la Tierra, Arjuna, y en todas esas vidas tú a menudo ayudabas a otra gente.@@@

»¿Ves a esa mujer? Había una vez tan gran hambruna en el país y ella estaba casi muriendo. Tú eras solamente un campesino allí y tenías muy poco para tía mismo. Pero lo que tenías lo compartiste con ella y así salvaste su vida.

»¿Ves ese niño allí? Fue atacado por un tigre en el bosque. Tú eras un rey y, aunque sólo tenías una espada, cuando viste lo que ocurrió fuiste al rescate del niño.

»Combatiste al tigre con tu espada, lo ahuyentaste y salvaste la vida del niño.

»Toda la gente que ves en esta gran compañía, Arjuna, es gente a quien tú les has hecho algún bien. Cada uno ha estado agradecido hacia tí y pensaron en tí con amor.

El dios Indra siguió diciendo:

—¿Has alguna vez visto muchos arroyos unirse para hacerse un gran río? Así también se han unido la gratitud y el amor de estas personas para hacer un gran poder mágico.

»Ese poder ahora descansa en un gran arco mágico y en algunas flechas que yo te daré.

»Ningún cuerpo podrá enfrentarse contra tí cuanto tú uses este arma, el arco llamado Gandiva.

»Pero recuerda una cosa, el arco Gandiva nunca podrá ser usado contra un enemigo más débil que tú; nunca debe usado para una causa equivocada o injusta. Debe ser usado solamente cuando todas las demás armas han fallado.

Indra le dió a Arjuna un poderoso y brillante arco.

Al instante, el dios y toda la gente habían desaparecido.

Arjuna quedó solo parado al lado de la montaña con el arma mágica, el arco Gandiva, en sus manos.

Y estaba cerca el tiempo en que él lo necesitara contra el poder de su malvado primo Duryodhana. ♣

ii:11 la gran batalla

Cuando pasaron los trece años, los cinco hermanos y la reina Draupadi abandonaron el bosque.

No habían olvidado todas las cosas que Duryodhana les había hecho, como el incendio de la casa en Benarés o que le diera sólo la mitad del reino de su padre, que por derecho le correspondía completo.

Y luego les había robado incluso eso en un juego de dados, y que habían sido forzados a vivir trece años en el bosque.

Pero había llegado la hora en que ellos querían tener las posesiones que le eran propias por derecho y verdad.

Por lo que le enviaron a Duryodhana un mensaje pidiéndole que les devolviera su mitad del reino.

Durante aquellos trece años, Duryodhana se había vuelto grande y poderoso, y tenía grandes generales y miles de bravos guerreros.

Pero otros reyes se hicieron amigos y aliados y prometieron pelear a su lado, si alguna vez fuera atacado. Hasta Drona, el maestro de los príncipes, había jurado ayudarlo.

Y así Duryodhana, orgulloso de su propio gran poder y por los muchos reyes que existían a su lado, si hubiese una guerra, le dió como respuesta:

—Si los hijos de Pandú fuesen realmente guerreros, ellos vendrían y pelearían por lo que ellos quieren en lugar de rogar por ello como pordioseros de baja estirpe.

Entonces, los hermanos comprendieron que nunca obtendrían de vuelta sus tierras —la tierra que una vez le había pertenecido a su padre Pandú— sin dar batalla.

Pero los cinco hermanos también tenían amigos.

Estaba el padre de Draupadi, grande y poderoso rey, y había otro rey, Krishna, que quería ayudarle.

El rey Krishna era ña encarnación del dios Krishna, que había nacido como hombre para ayudar a los seres humanos en su lucha contra el mal.

La gente de la India estaba dividida, en mitades, entre aquellos que estaban del lado de Duryodhana y los que estaban del lado de los hijos de Pandú.

En todo el país, los hombres colgaban sus arcos al hombro, ceñían sus espadas alrededor de sus cinturas, y dejaban sus hogares para pelear por Duryodhana o Iudistira.

Los comerciantes enterraban sus riquezas bajo la tierra por miedo a que los soldados pudieran robarles, y los campesinos guardaban rápidamente sus cosechas antes que el ejército pisoteara sus campos.

La terrible palabra, guerra, sonó desde las nieves permanentes del Himalaya hasta las ciudades en las orillas del mar de India.

Y los dos poderosos ejércitos, el de Duryodhana y sus aliados y el de Iudistira y sus amigos, se encontraron en una gran llanura, llamada Kurukshetrá.

La noche anterior a la batalla, cuando miles de bravos guerreros dormían quizás su última noche en la tierra, porque muchos perderían sus vidas en la batalla, Krishna de repente se paró ante Duryodhana y dijo:

—Puede aún haber paz y salvarse muchas vidas, si le das a Iudistira lo que le pertenece por derecho.

Pero Duryodhana no lo escuchó y Krishna lo dejó.

Siendo aún temprano de madrugada, cuando todavía todos dormían, Krishna fue ante Arjuna y le dijo:

—Tu primo Duryodhana quiere batalla y derramamiento de sangre en vez de paz y de acuerdos.

»Pero yo te ayudaré. Conduciré tu carro a la batalla, así tendrás tus brazos libres para matar a tus enemigos.

Sin embargo, el corazón de Arjuna estaba triste ante el pensamiento de tener que pelear contra su propio primo, y de que tantos bravos hombres perdieran sus vidas.

Pero Krishna dijo:

—No estés demasiado triste por aquellos hombres que morirán. Porque el alma nunca muere, se eleva de los cuerpos cuanto estos mueren, como si los hombres cambiaran un vestido viejo por uno nuevo, el alma pone de lado un cuerpo viejo y gana otro nuevo.

Así Arjuna fue capaz de ir a la batalla con un buen corazón.

Cuando el sol se elevó más alto, sonaron las trompetas los muchos miles de guerreros tomaron sus armas.

Los príncipes montaron en sus carros y con gritos salvajes los dos grandes ejércitos se abalanzaron uno contra otro.

La matanza fue terrible, la sangre corría en un rojo río sobre el terreno pedregoso de la llanura de Kurukshetrá y los cuerpos muertos la cubrían como hojas en otoño.

Drona, quien una vez había sido el maestro de los príncipes estaba ahora peleando contra los hermanos Pandava.

Sus flechas nunca fallaban el blanco y mataban guerrero tras guerrero. Fue una de las flechas de Drona que dió en el corazón del padre de Draupadi, quien cayó muerto del carro.

Pero Drona también tenía un hijo que estaba peleando contra los hermanos. Y este hijo corría contra el fuerte Bhimá, que estaba usando su arma favorita, el mazo.

El hijo de Drona cayó muerto bajo el terrible sonido del mazo de Bhimá. Un gran grito se elevó:

—¡El hijo de Drona ha caído!

Cuando Drona escuchó el grito se abatió su corazón, dejó su arco y bajó del carro.

En ese momento, una espada lo golpeó y mató.

El hombre que había golpeado y matado a Drona fue Drishtadyumna, el hermano de Draupadi, quien así vengó la muerte de su padre.

Fueron dieciocho días de furiosa batalla.

A veces parecía que ganaría el ejército de Iudistira, otras el de Duryodhana estaba más cerca de la victoria.

Pero en el último día, los guerreros de Duryodhana ganaban más y más terreno, y los soldados de Iudistira, agotados y cansados de la pelea, comenzaron a dar la espalda al enemigo y huir.

Entonces Krishna, que estaba dirigiendo el carro de Arjuna, le dijo:

—¡Ahora ha llegado el momento de usar tu arco Gandiva!

Arjuna levantó el arco y las flechas que provenían de él eran como fieras relampagueantes. Donde golpeaban, no uno sino cientos de enemigos caían.

Y ante el terror del arco Gandiva, los soldados de Duryodhana escapaban con miedo y temblando.

El mismo Duryodhana trató de escapar cuando vio a sus guerreros huyendo. Se escondió en un río, esperando que los hermanos no lo encontraran.

Pero los mellizos Nakula y Sajádeva, los rápidos jinetes, habían seguido su huida y les informaron a sus otros hermanos dónde estaba escondido.

Pronto, los cinco hermanos llegaron al río y el fuerte Bhimá lo retó a que saliera y peleara él solo.

Duryodhana emergió chorreando agua, fiero y lleno de odio. Estaba armado con un mazo, tal como Bhimá, y ambos se propinaron unos terribles golpes.

Al final, un formidable mazazo de Bhimá alcanzó a Duryodhana y el malvado rey, cuya avaricia y envidia había traído tanta miseria y sufrimiento, murió.

Dritarastra, el viejo rey ciego, el padre de Duryodhana, estaba profundamente sentido sobre todo lo que había pasado.

Él le dió la corona de todo el reino a Iudistira, a quien realmente siempre perteneciera.

Entonces, el rey ciego partió hacia el bosque, solo, y allí murió.

Los hijos de Pandú recuperaron, al fin, el gobierno del reino de su padre. ♣

ii:12 la búsqueda de la puerta del cielo

Después de la terrible batalla en las llanuras de Kurukshetrá, Iudistira se hizo rey y gobernó.

Él y sus hermanos gobernaron su país con gran sabiduría y justicia durante treinta y cinco años.

Pero, entonces, no obstante, los cinco hermanos y la reina Draupadi ya no eran tan jóvenes.

Ser rey de un gran país es más bien un trabajo duro y Iudistira pensó que ya era tiempo que un hombre joven tomara su lugar.

Por lo que hizo rey a Pariksit, el nieto de Árjuna u Draupadi, el único descendiente que había sobrevivido a la gran batalla.

Ahora que los hermanos y Draupadi habían dado su poder y responsabilidad, ellos pudieron tener una vida placentera y fácil.

Pero ellos deseaban algo más, algo que sólo podía ser encontrado si dejaban tras de sí todo tesoro y sirvientes y comodidad y se iban hacia las montañas del Himalaya.

Porque se decía que en algún lugar en las montañas habría un sitio donde se encuentra una puerta que es la entrada al cielo.

Pero también se decía que sólo aquellos que nunca habían sido mentirosos, presumidos, miedosos o

poco amables podían encontrar la puerta y pasar a través de ella al cielo.

Así, los cinco hermanos y la reina Draupadi abandonaron su espléndido palacio y jardines y muchos sirvientes y parieron a buscar la puerta del cielo.

Viajaron sin equipaje ni provisiones, pero Iudistira llevó su perro con él. Había sido su compañero por muchos años y no quería dejarlo en el palacio.

Las privaciones que ellos sufrieron en el frío y las estériles rocas de los Himalayas fueron muy grandes.

El tiempo pasaba y ellos buscaban, deambulando por una y otra parte, pero aún no habían encontrado el lugar secreto de la puerta del cielo.

Las dificultades fueron demasiado grandes para la reina Draupadi. Ella no podía seguir adelante y se echó y falleció.

La muerte de Draupadi puso muy triste a los hermanos, pero ellos continuaron con su búsqueda.

El más triste de todos era Arjuna, su tristeza lo debilitó.

Entonces, un día en que sus piernas no pudieron llevarlo más, cuando se sentó, su corazón dejó de palpitar.

Entonces, Nakula y Sajádeva, los mellizos, que siempre habían hecho casi todo juntos, y que nunca fueron separados, se volvieron demasiado débiles para continuar y también murieron.

Ahora, sólo Bhimá, Iudistira y el pequeño perro partieron.

Pero Bhimá no estaba suficientemente fuerte por las terribles privaciones a lo largo de las rocas heladas de los Himalayas, y una mañana Iudistira encontró a su último hermano muerto.

Iudistira se preguntaba como él, que no era el más fuerte sino el más débil de todos los hermanos podía continuar cuando todos los demás habían muerto antes que él.

Pero al día siguiente que Iudistira y su perro continuaron el viaje, una puerta que parecía hecha de luz del sol surgió ante él.

A la puerta estaba parado el dios Indra que dijo:

—Bienvenido, Iudistira, tú eres el único de los hermanos que no tiene faltas. Por ello sólo a tí se le ha permitido encontrar la puerta.

»¡Ven y entra a la ciudad celestial de los dioses!

Pero Iudistira respondió:

—Yo no pasaré por esa puerta sin mis hermanos y Draupadi. Toda la gloria del cielo no significa nada para mí sin ellos.

Entonces Indra sonrió y dijo:

—Ven Iudistira y encuentra a tus hermanos y a Draupadi en la ciudad celestial, porque ellos llegaron antes que tú.

Pero como Iudistira se aproximó a la puerta con su perro siguiéndole, Indra dijo:

—¡Seguro no pensarás traer a ese perro contigo! Al perro no le será permitido que entre.

Iudistira se volvió y contestó:

—Este perro me ha sido fiel a mí por muchos años y yo le seré fiel a él.

»No lo abandonaré, y si él no puede entrar conmigo no entraré a la ciudad santa de los dioses.

Cuando hubo de decir estas palabras, el perro cambió ante sus ojos y se transformó en un dios brillante de luz, que dijo:

—Yo soy el dios de la Justicia y la Imparcialidad. Aún cuando yo apareciera como un perro ante tí has permanecido fiel a mí.

»Por esta razón tú tendrás mayor honor en la ciudad celestial que cualquier otro hombre.

Pero los dioses aún tenían una prueba guardada para Iudistira. Cuando él entró en la ciudad celestial, donde los dioses moraban en su gloria, no pudo ver ni a sus hermanos ni a Draupadi.

Gritó:

—¿Dónde están ellos?

De repente él no estuvo más en la ciudad de luz sino en un lugar de oscuridad, donde voces humanas gritaban en pena.

Entre esas voces Iudistira reconoció aquellas de sus hermanos y de Draupadi, y exclamó:

—Si ustedes, los dioses, han hecho tal cosa, condenando a mis hermanos y a Draupadi a quedarse en la oscuridad y dolor, entonces yo no deseo estar en la ciudad celestial.

»¡Yo me quedaré con mis hermanos y Draupadi!

Cuando dijo esto, la oscuridad desapareció. Él estaba en la ciudad de la luz y sus hermanos y Draupadi estaban con él.

Y los grandes dioses mismos, Brahma, @@@ Visnú y Shiva lo elogiaron como la más fiel y noble de todas las almas humanas en la santa ciudad de los dioses. ♣

iii
Rama y Hánuman

iii:1 la matanza de los demonios

En la siguiente historia, van a escuchar muchísimo sobre espíritus malignos; espíritus que pueden cambiar su figura y se deleitan sencillamente en dañar a la gente.

Los historiadores indios llamaban a estos malos espíritus rákshasas pero los llamaremos demonios, el nombre usado en la mayoría de los cuentos de otros países.

Había una vez hace mucho tiempo, cuando estos demonios o diablos, tenían terribles poderes en la India.

Los brahmanes en sus oraciones, los campesinos en su trabajo y los guerreros en sus entrenamientos nunca estaban a salvo de sus ataques.

Así la gente de la India pedía a los dioses que pongan fin a estos diabólicos poderes.

Todos los dioses fueron a Brahma, el altísimo, y dijeron:

—¿Por qué es que dejas a los demonios que hagan todo lo que quieren? Nosotros, los dioses buenos, ¿no estamos aquí para proteger la Tierra?

Pero Brahma contestó:

—El rey de los demonios, Ravana, una vez hace mucho tiempo, se ganó un favor de mí. El favor era que ningún dios u otro espíritu nunca lo derrotaría o mataría. Así ninguno de vosotros desearía pelear contra él.

Los dioses estaban muy consternados sobre esto y gritaron:

—Pero si ningún dios o espíritu puede pelear contra Ravana, ¿quién puede parar toda la maldad que está yendo por el mundo?

Y Brahma contestó:

—El malvado Ravana pidió solamente que ni dioses ni espíritus le dañasen, pero, en su orgullo él no mencionó a los seres humanos.

»Ravana cree que los seres humanos son débiles y criaturas miserables.

»De entre ellos nacerá un héroe, quien querrá, después de una gran pelea, ponerle fin a Ravana.

»Y está cerca el momento en que nacerá el héroe humano.

Poco después, el héroe, cuya llegada Brahma había prometido, nació como el hijo de Dasaratha, un gran y poderoso rajá o rey.

Él fue llamado Rama y él tenía cuatro hermanos mayores.

Pero los hermanos del príncipe Rama no pudieron competir con él, peleando con espadas o arcos y flechas, en cabalgar sobre caballos o elefantes, o en el conocimiento de los poemas santos los cuales todos debían aprender.

Cuando Rama tenía sólo dieciséis años, un hombre santo, un brahmán, llegó donde su padre y le dijo:

—¡Oh, rey! Por muchos años yo he vivido en el bosque tratando de gratificar a los dioses con constantes plegarias y sacrificios.

»Pero no puedo seguir mi trabajo porque los demonios, mandados por su rey Ravana, distraen mis plegarias y saquean mis sacrificios tirando suciedad en el fuego.

»Yo he oído que la gente elogia a tu hijo Rama, como uno con fuerza y coraje. Déjalo que venga conmigo y eche a los demonios.

Aunque el rey no estaba feliz de mandar a su joven hijo a pelear contra los demonios no se rehusó al brahmán.

Así Rama y uno de sus hermanos, Lákshmana, que lo tenía en buen aprecio, fueron con el brahmán hacia la espesura.

Apenas habían llegado cuando los demonios aparecieron. Algunos tenían cabezas de tigre pero alas de pájaro, mientras otros tenían caras como hombres pero los cuerpos de serpientes Y aún había otros que tenían diez brazos y cuernos en sus cabezas.

Desde arriba en el aire y desde abajo en la tierra, aquella horrible muchedumbre venía croando, aullando y dando alaridos, que hasta hombres bravos habrían tomado miedo.

Pero no así Rama y su fiel hermano Lákshmana. Con espada en mano Rama fue a encontrarse con los demonios. Golpeaba a derecha e izquierda y donde golpeaba un demonio caía.

En vez de darle miedo a Rama, los demonios tenían miedo. Se dieron vuelta y huyeron y fueron al encuentro de su rey, Ravana, para decirle lo que había pasado.

Luego de poner a los demonios en fuga, Rama le preguntó al brahmán si había alguna cosa más que pudiera hacer por él.

El hombre santo dijo:

—No, pero te estoy muy agradecido y creo que sé de otra tarea que lo mucho más placentera que pelear contra demonios y monstruos.

»Me gustaría que vinieras conmigo a ver a Yanaka, el rey de Videja. Él tiene un arco que nadie antes ha sido capaz de doblar y él dará a su hija al hombre que pueda hacerlo.

Así Rama y su hermano Lákshmana fueron con el brahmán al país de Videja.

Y cuando el príncipe vio a Sita, la hija del rey, se puso muy contento porque nunca había visto a una mujer de tal belleza.

Entusiasmado, Rama tomó el arco grande y pesado y tiró de la cuerda. Comenzó a combarse, más y más, hasta que hubo un ruido como de un trueno y el arco, con un chasquido, se rompió.

Yanaka, el rey de Videja, el padre de la hermosa Sita, estaba muy agradecido porque él no hubiese deseado un mejor yerno que Rama, el príncipe e hijo de un gran rajá.

Y así fue celebrada una gran boda. Entonces Rama y Sita viajaron de regreso hacia su padre que estaba gozoso de que su hijo había derrotado a los demonios y ganado tan noble y hermosa esposa.

Pero su felicidad no iría a durar mucho tiempo.

La madre de Rama había muerto cuando él era aún muy pequeño y su padre Dasaratha se había casado con otra mujer, Kaikeyi.

Ahora esta reina, la madrastra de Rama, tenía un hijo llamado Bharata, ella quería que su hijo fuera rey un día, en vez de Rama.

Cuando la madrastra oyó que el viejo rey iba a anunciar a todo el país que Rama, el mejor de sus hijos, sería rey después de él, ella casi estalla de rabia.

Fue hacia el rey y le dijo:

—Debo recordarte a ti de algo que me habías prometido hace algunos años.

»¿Recuerdas de la gran batalla que pelease contra los enemigos que habían invadido nuestro territorio?

»Fuiste golpeado por una flecha y tus soldados creyeron que estabas muerto.

»Cuando yo oí las noticias, me apresuré al campo de batalla y te encontré; yo te saqué la flecha y vendé tu herida, y así salvé tu vida; y en ese entonces tú dijiste que me darías dos deseos.

»Todos estos años yo no te he pedido favores especiales, pero ahora te los pido.

El rey pensó por un momento y entonces contestó:

—Es verdad. Lo prometí y nunca romperé una promesa que haya hecho.

La madrastra sonrió y dijo:

—Escucha, estos son mis dos deseos:

»Quiero que mi hijo Bharata, sea anunciado como el futuro rey.

»Y quiero que Rama sea enviado a vivir al bosque por catorce años.

Eso fue un duro golpe para el rey, quien amaba a Rama, pero no pudo romper la promesa que había hecho.

Cuando la madrastra se retiró, el rajá llamó a Rama y le contó lo que había ocurrido.

Pero Rama no estaba en absoluto desilusionado ni enojado, y le dijo:

—Mi rey debe ser fiel a su promesa y me iré lo más pronto al bosque que darle más problemas a nadie en mi familia.

»No estés triste, padre, estoy más bien contento de ir a vivir catorce años en el bosque.

Sin embargo el hermanastro Bharata, para quien la madre había hecho todo esto, también amaba a Rama.

Cuando escuchó lo que había ocurrido, se apresuró a decirle a Rama que él no había sabido sobre el plan de su madre, ni había deseado tomar el lugar de Rama.

Pero el príncipe dijo:

—No estoy contrariado contigo o con tu madre. La promesa de mi padre debe ser mantenida. Yo iré a vivir al bosque.

Aunque Rama tenía planeado de pasar esos catorce años solo, Sita no quiso apartarse de él. Así, ella también abandonó el palacio y fue a compartir la dura vida en la jungla.

Pero si hubiera sabido lo que le estaba reservado para ella, hubiera preferido dejar ir solo a Rama.

♣

iii:2 Hánuman viene al rescate

Rama, Sita y Lákshmana, el hermano fiel, entraron bien adentro del bosque, donde no tenían otra compañía que los animales de la jungla.

La mayoría de los animales se mantenían alejados de los seres humanos, pero no los monos.

A los monos les gusta imitar a la gente y los monos del bosque donde Rama, Sita y Lákshmana vivían bajaban de los árboles y saltaban.

Con el tiempo Rama y Sita se hicieron grandes amigos con ellos y aún entendían su idioma.

Y esta amistad sería una gran bendición para Rama.

Ocurrió de esta manera. Recuerdan que Ravana, el rey de los demonios, que no podía ser matado por dioses o espíritus, había jurado la venganza de los demonios que Rama mató.

Ahora que Rama estaba en el bosque, el rey demonio supo que la hora había llegado.

Uno de sus demonios tomó la forma de un venado con un pelaje del color del oro. Por supuesto había muchos ciervos en el bosque, pero cuando el ciervo dorado caminaba entre las profundas plantas verdes y árboles, era como si una luna dorada estaba brillando entre las hojas.

Cuando Rama vio al ciervo, pensó: "¡Qué maravilloso regalo sería para Sita un ciervo de piel dorada! Ella hace mucho que no tiene las ricas ropas de una princesa, tiene que vestirse con pieles de animales, pero la piel de este ciervo es más hermosa que la más fina seda."

Se apuró a volver a la choza que habían construido y tomó su arco y flecha.

Antes de salir le dijo a su hermano Lákshmana:

—Voy a ir a cazar un hermoso ciervo de oro. Quédate aquí y cuida de Sita. Cualquier cosa que pase, no debes dejarla sola hasta que yo vuelva.

Así Rama fue detrás del ciervo dorado. Pero siempre que se acercaba lo suficientemente cerca para disparar su flecha, el animal daba de repente un salto y se perdía de vista.

Rama se fue alejando más y más lejos de su choza hasta que estuvo a muchos kilómetros de distancia, en lo profundo del bosque.

Entonces el demonio convertido en ciervo cometió el error de esperar demasiado antes de desaparecer.

Rápido como un rayo voló la flecha y lo golpeó.

Ante los ojos de Rama el ciervo dorado se transformó en un monstruo con la cabeza de cocodrilo y cuerpo de una gran serpiente.

Estaba muriendo echado en el piso, pero de repente, con un último aliento, el demonio gritó con la voz propia de Rama:

—Ayúdame, Lákshmana, socorro.

Gritó tan fuerte que pudo ser oído en la lejanía hasta la choza. Entonces el demonio murió.

Cuando Lákshmana escuchó aquel terrible grito en la voz de su hermano, olvidó su promesa, arrebató su arco y flecha y corrió hacia el bosque.

Tan pronto como él había salido a tratar de encontrar a su hermano, un ermitaño llegó a la choza. Sita, que sabía que los hombres santos debían ser tratados con gran respeto, lo invitó a entrar.

Pero el ermitaño no era otro que Ravana, el rey de los demonios, que se había astutamente cambiado en la forma de un humano.

Cuando Sita puso un cuenco de leche delante del ermitaño, él la miró con una extraña sonrisa y dijo:

—Hermosa mujer, ¿te gustaría venirte conmigo?

Sita preguntó asombrada:

—¿Qué quieres decir? Nunca dejaré a mi esposo, el noble Rama.

El ermitaño dijo:

—¡Oh, sí, tú querrás!

Y él cambió su figura frente a sus ojos. Para su horror, ella vio en vez del ermitaño, a un monstruo de cien cabezas saliendo de su cuello y veinte brazos que se extendían para agarrarla.

Ella fue arrastrada fuera de la choza hacia un carruaje tirado por burros alados, que estaban esperando afuera.

Tan pronto como estuvieron ambos en la carruaje, los burros extendieron sus alas y se elevaron muy alto sobre la jungla.

Sita, en su desesperación, tomó el velo que llevaba puesto y lo tiró fuera del carruaje.

Abajo, en la jungla, cinco monos en el pico de una montaña vieron el carruaje de Ravana arriba en el cielo y recogieron el velo que flotaba debajo de él.

Mientras tanto Rama estaba volviendo después de matar al ciervo dorado, el cual, cuando murió resultó realmente un demonio.

Cuando vio a Lákshmana viniendo a través de la jungla, se preguntó por qué su hermano había dejado sola a Sita sola en la choza.

Se preguntó: ¿Qué estaba haciendo Lákshmana en el bosque?

El corazón de Rama estaba lleno de miedo y los dos se apuraron a volver.

Cuando llegaron, la choza estaba vacía. Rama no sabía dónde había ido Sita o qué le había ocurrido con ella.

Ambos, Rama y su hermano, estaban desesperados. Abandonaron la choza y empezaron a buscar por todos lados en el bosque algún rastro de Sita.

Finalmente llegaron a las montañas y encontraron a los cinco monos que habían agarrado el velo de Sita.

Los monos les contaron que era Ravana, el rey demonio, quien se la había llevado.

¿Pero adónde se la había llevado Ravana? ¿Y cómo podían Rama y su hermano pelear solos contra el rey de los demonio, que tenía miles de horribles monstruos y malos espíritus como sirvientes y guerreros?

Parecía como si no hubiese más esperanzas para Rama, que nunca más vería a la hermosa Sita.

Entonces, los cinco monos dijeron:

—Vengan con nosotros a ver al rey de todos los monos. Si él está dispuesto a ayudar, entonces miles y miles de monos de toda la jungla de India, estarán de vuestro lado.

Así Rama y su hermano siguieron a los monos hacia una gran caverna. Dentro de ésta estaba un mono muy grande con pelo blanco y una mirada inteligente en sus ojos. ¡Este era el rey de todos los monos!

Cuando escuchó la historia, dijo:

—Yo y toda mi gente ayudaremos, y ustedes tendrán un ejército de monos que pelearán de vuestro lado.

»Yo estoy demasiado viejo para tomar parte en la guerra contra los demonios, pero les daré al más fuerte, rápido y más astuto de mis monos para dirigir el ejército y hacer cualquier cosa que quieran que él haga.

»Su nombre es Hánuman.

Por orden de su rey, cientos de miles de monos vinieron saliendo de todos los bosques de la India.

Su dirigente, Hánuman, no solamente era fuerte e inteligente, sino que él también tenía poderes mágicos.

Y Hánuman les dijo a los monos:

—Vayan por todas las montañas y bosques de la India y busquen por todos lados a Sita, la esposa de Rama.

Hánuman también la buscó.

Cuando llegó a la orilla del mar escuchó a la gente hablando sobre una isla alejada de la costa, donde ni pescadores ni marineros atracarían porque estaba habitada de monstruos malos.

Y pensó: “Seguramente, esta será la guarida de Ravana.”

No había ningún barco que lo llevara hacia allí. Entonces Hánuman clamó a los dioses por ayuda.

Dió un poderoso salto, muy alto, y aterrizó en la isla.

La isla estaba rodeada por todos lados por altas murallas, pero saltó sobre ellas fácilmente y se encontró en un hermoso jardín con flores y árboles frutales.

Hánuman rápidamente subió a un árbol frutal y esperó. Al principio solo vio a demonios con cuernos o largas orejas en sus muchas cabezas pero no se percataron de él.

Entonces el vio a un ser humano, una mujer con una cara hermosa pero llena de tristeza.

Hánuman pensó que esta debía ser Sita. Cuando ella caminó bajo el árbol, le susurró:

—Sita, soy un mensajero de tu esposo Rama. Levanta el ánimo porque pronto estarás libre.

Sita miró hacia arriba, lo vio y sonrió por las buenas noticias.

Pero los demonios la vieron detenerse y escucharon al mono y antes que Hánuman pueda hacer uno de sus grandes santos, fue apresado, bajado y arrastrado ante Ravana. ♣

iii:3 el ejército de monos va a la batalla

Los demonios habían apresado a Hánuman y gritando de alegría arrastraron a su prisionero dentro del gran palacio donde el espantoso Ravana tenía su corte.

Sita también fue empujada ante el trono de Ravana.

Cuando el rey demonio vio al mono sus diez caras se elevaron en una feroz sonrisa. Y una cabeza que se parecía como un buitre, dijo:

—No tengo dudas de que este mono es un espía enviado por Rama. ¡Pero trataremos a este espía como lo merece! Traigan una antorcha encendida y le prenderemos fuego a la cola del mono.

Cuando Sita escuchó lo que Ravana tenía planeado hacerle al general de los monos, que se había arriesgado para salvarla, su corazón se llenó de dolor y pena.

Silenciosamente rezó al fuego y dijo:

—¡Así como soy fiel a mi esposo Rama, así tú, fuego, sé frío para la cola de Hánuman y no le hagas daño!.

Mientras tanto, un sirviente demonio había le traído una antorcha encendida a Ravana. Él tomó la antorcha y todos los demonios se reían con deleite cuando la puso en la cola del mono.

El pelo de la punta de la cola de Hánuman prendió fuego inmediatamente.

Pero la plegaria de Sita había sido oída.

Hánuman no sintió dolor y aunque su cola estaba en llamas, ni un simple pelo fue chamuscado.

Sin embargo, las llamas y chispas asustaron a los dos demonios que sostenían a Hánuman por los brazos y lo soltaron.

No más en las garras de los demonios lo dejaron libre, el mono dio un gran salto a través de una ventana abierta y estuvo afuera.

Su próximo salto fue hacia el techo del palacio, donde tocó las vigas de madera con su cola encendida. En un instante el techo y el palacio estaban en llamas.

Gritando y chillando Ravana y sus demonios salieron del palacio en llamas pero el fiel mono no huyó. Se quedó en el techo hasta que pudo ver a Sita que también escapaba de las llamas.

Entonces Hánuman hizo otro de sus grandes saltos, justo cuando el techo se desmoronaba debajo de sus pies, un salto hacia el mar, donde el agua apagó el fuego de su cola. Ni un pelo se le había sido dañado.

El mono trepó a una roca en la playa y dió otro gran salto a través del mar hacia la India.

Se apresuró a buscar a Rama y le dijo que había encontrado a Sita prisionera en la Isla de los demonios.

Rama agradeció a Hánuman por haberlo servido tan fielmente.

Ahora que sabía dónde estaba Sita, el vasto ejército de monos se alistó para la gran batalla contra Ravana y sus demonios.

Y era impresionante el ver a Rama, Lákshmana y Hánuman guiando a un ejército de cientos de miles de monos, pues estos soldados no marchaban formados en líneas rectas, sino que brincaban y saltaban y se trepaban a los árboles y se colgaban de las ramas por sus colas.

Pero a pesar del desorden, se movían muy rápidamente hacia el mar.

Pero Rama no tenía barcos para llevar a su gran ejército a la isla de los demonios y solamente Hánuman podía saltar tan lejos.

Así que Rama invocó al dios del océano a que viniera a ayudarlos.

En respuesta a su plegaria, las aguas comenzaron a agitarse, como si todo el océano estuviese hirviendo. Al final, por encima de la espuma apareció una cabeza verde enorme con el cabello y barbas de hierbas de mar.

Era el dios del Océano y dijo:

—Cada elemento tiene sus propias leyes y la ley del agua del océano es que no puede quedarse quieta y de que tiene gran profundidad.

»Yo no puedo parar a las aguas para ti, y no puedo hacer que se seque el mar pero sí puedo hacer una cosa para ti:

»Voy a ordenar a las olas de que sostengan cualquier cosa, piedras, rocas, tierra, pasto o arena ~~co~~mo si fueran madera y no se hundan.

»Diles a tus monos que construyan un camino de piedras a través del agua y yo lo sostendré.

Habiendo dicho esto el dios del Océano se sumergió otra vez a las profundidades de donde había venido y que ningún hombre ha visto jamás.

A la orden de Rama, los monos comenzaron a trabajar. Ya no había más saltos y brincos porque ahora había un trabajo real para hacer, y tenía que hacerse rápido antes que Ravana y sus demonios pudieran venir e interrumpirlo.

Así cientos de miles de monos transportaron rocas y piedras y arena y tierra. Y en cuanto las tiraban al agua no se hundían sino que quedaban en la superficie flotando como madera para formar un puente angosto.

En la mañana del tercer día, Ravana, el rey demonio, vio una gran hueste de monos viniendo desde el poniente hacia su isla fortaleza.

Había tantos que ni siquiera pudo contarlos y el ruido que hacían era como el sonido de cientos de cascadas.

Pero por el momento el dios demonio no pensó que había peligro. Él tenía un feroz ejército de demonios y monstruos y los convocó para que echaran la invasión de monos.

Los buenos monos avanzaban escalando los muros y peleando contra los demonios con piedras, rocas y pesados palos.

Pero los demonios arremetían con garras y afilados dientes y muchos de ellos tenían muchas armas para pelear.

El aire estaba repleto de un ruido terrible y la tierra estaba pronto cubierta con los cuerpos de los demonios y los monos muertos. El mar alrededor de la isla se tornó rojo con la sangre derramada en la pelea.

Durante el día los monos sacaban ventaja y mataban a muchos monstruos. Pero en las horas de la noche, cuando los demonios son más fuertes, ellos no solamente mataban miles de monos sino que caían sobre los muertos y los devoraban.

Pero a la mañana siguiente Rama, Lákshmana y Hánuman se unieron a la batalla y, donde ellos peleaban, los demonios eran desparramados como hojas en una tormenta.

Ravana, el rey demonio, empezó a temer que perdería y pensó: "Las cosas se están poniendo negras para mí, debo pedirle ayuda a mi hermano.

El hermano de Ravana, Kúbera, cuyo nombre significa 'cuerpo deforme,' era el gigante más grande entre todos los demonios.

Pero era también el más perezoso. Kúbera dormía durante diez meses, y al final, cuando se despertaba, comía y comía y se saciaba hasta que no podía comer más. Entonces se volvía a echar y se dormía otra vez.

Pero si podía ser levantado era el más grande y el más terrible luchador. Kúbera había estado dormido durante nueve meses en una inmensa caverna.

Él dormía roncando en la profundidad y ni aún todo el ruido de la batalla podía levantarlo. Pero Ravana decidió que él despertaría a Kúbera. ♣

iii:4 la flecha mágica de Rama

Ravana y una horda de sus demonios se hicieron camino a la caverna, donde Kúbera estaba dormido. Estaba echado como una montaña, y la respiración que provenía de su boca abierta era como un vendaval.

Los demonios pronto trajeron pilas de comida, tan altas como casas, y grandes baldes de sangre para que él bebiera.

Entonces comenzaron a soplar trompetas, golpear tambores, y a gritar y vociferar. Hicieron tal ruido que los pájaros que volaban sobre la caverna caían muertos de miedo.

Pero Kúbera seguía durmiendo.

Entonces los demonios tomaron palos y golpeaban al gigante dormido. Otros tomaron agua hervida y la tiraban sobre él. Otros gritaban en sus oídos.

Pero Kúbera seguía durmiendo.

Finalmente Ravana trajo elefantes y después de haberlos puesto sobre el gigante, Kúbera comenzó a pestañear.

Entonces él bostezó y todos los elefantes huyeron de miedo por la tormenta que salía de su boca.

Cuando Kúbera, el más haragán de los demonios, se sentó, vio la pila de comida y los baldes llenos de sangre esperando por él.

Se puso a comer y beber hasta que no quedó nada.

Cuando terminó bajó otra vez su cabeza, listo para recomenzar otros diez meses de descanso.

Pero Ravana y los otros demonios le gritaron, le contaron lo que había pasado y le pidieron su ayuda.

Entonces Kúbera dijo:

—Bien, yo voy a tener un festín de comida de mono y también me voy a comer a Rama y Lakshmán, también.

Se levantó y era como una montaña andando.

Cuando Kúbera caminó hacia la furiosa batalla, aun los más bravos monos sintieron terror.

Con sus grandes garras agarraba un puñado de veinte o treinta monos a la vez, se los llevaba a su boca y los tragaba.

Rama vio al gigante monstruo y le disparó una flecha de su arco, que cortó el brazo derecho de Kúbera.

La siguiente flecha le cortó su brazo izquierdo.

Y la tercera le cortó la cabeza y entonces su cuerpo cayó con gran estrépito en el mar.

Pero cuando Ravana vio a su hermano gigante muerto montó en su propio carro de batalla y lo condujo para pelear con Rama y vengar a su hermano.

Tomó una flecha mágica y apuntó a Rama. Cada una de las flechas de Ravana se transformaba cuando volaban a través del aire.

Una flecha cambió en cabeza de tigre listo a morder, otra se volvió cabeza de serpiente con colmillos venenosos, mientras que una tercera se transformó en llama roja lista para quemar a Rama.

Pero Rama también tenía flechas mágicas, ellas se volvían rayos dorados de sol y estrellas brillantes.

Se encontraron con las flechas de Ravana a mitad de camino y las flechas del demonio caían sin sus poderes a la tierra.

Entonces Rama disparó flechas como rayos y ellas cortaron una tras otra las cabezas del rey demonio.

Pero tan rápido como eran cortadas, otras cabezas crecían en su lugar.

Finalmente Rama sacó una flecha de su aljaba y le susurró a la flecha una única palabra mágica que solamente él conocía.

Entonces puso la flecha en el arco y la dejó volar.

Golpeó Ravana, el rey de los demonios, en el corazón, que entonces cayó al suelo y murió.

Ni dioses, ni espíritus podían matar a Ravana.

Pero el hombre Rama lo mató con el poder de una palabra mágica secreta.

Luego que Ravana cayó, los demonios huyeron desesperados. Abandonaron la isla y nunca jamás tuvieron el poder que habían poseído cuando Ravana era rey.

Sita salió de su encierro donde había sido retenida y juntos, ella y Rama, fueron felices otra vez.

Estaban profundamente agradecidos por la maravillosa ayuda que les habían dado los monos.

Entonces Rama le dijo a Hánuman:

—De ahora en adelante, donde quieran que estén, quien recuerde la gran batalla contra Ravana, nunca lastimarán o dañarán a ningún mono.

Hoy día, la gente de la India considera a los monos sagrados y no les harían daño por ningún motivo.

Pero en ese entonces los catorce años que Rama tenía que mantener alejado de su reino, ya habían pasado.

Así él y Sita y el fiel Lákshmana volvieron al palacio.

Mientras estuvieron en el exilio, en el padre de Rama había fallecido y su hermanastro se había hecho rey.

Pero tan pronto como ellos llegaron, el hermanastro salió a su encuentro con alegría y le dio la corona y el trono.

Rama y Sita gobernaron por muchos años. En todo ese tiempo que vivieron, nadie en su reino nunca cometió delito alguno.

No había ladrones, ni asesinos, ni mentirosos o estafadores en el reinado de Rama.

Cuando Rama y Sita murieron fueron recibidos como los compañeros de los dioses del cielo.

Y aún hoy día la gente de la India rezan a Rama y a Sita. ♣

iv
Buda, el iluminado

iv:1 el gentil príncipe Sidarta

En la historia de Rama, escucharon sobre un gran héroe que derrotó a los malos espíritus en una gran batalla.

Pero ahora quiero contarles la historia de un noble hombre que nunca mató ni dañó a ningún otro ser humano en su vida.

¡Y este hombre fue un gran héroe como Rama!

En los tiempos de la antigua India, los guerreros eran bravíos en la guerra y fuertes en las batallas.

Y aunque los reyes gobernaban a su pueblo con sabiduría y justicia, faltaba algo .

Faltaba la compasión o misericordia.

Por ejemplo, cuando un guerrero veía a un enemigo herido tirado en el campo de batalla, era más probable que matara al hombre herido antes que perdonarle la vida.

Y si un hombre estuviera hambriento, un extraño no lo ayudaría ni le daría comida.

Las personas eran valientes o cobardes, fieles o infieles, justos o injustos.

Pero nunca eran amables o nobles. No sentían lástima cuando veían a otros sufrir.

En la ciudad celestial donde los dioses moraban, un alma se acercó a Brahma, Visnú y Shiva y les dijo:

—Quiero enseñar a la gente en la Tierra a sentir lástima y compasión, porque son crueles y sin corazón y ni siquiera saben que son crueles.

Y Brahma le contestó:

—Sólo un alma muy especial puede ser el maestro de la amabilidad y la compasión.

»Sólo cuando ese alma haya vivido no una sino muchas veces, sólo cuando haya sufrido cada pena y cada sentir que pueda sufrir la gente, sólo entonces se convertirá en tal maestro.

»El nombre de tal maestro es Buda.

»Te tomará muchas vidas en la Tierra con privaciones y penas y sufrimientos para hacerte buda, un maestro de la compasión y misericordia.

»¿Quieres asumir esto tú mismo?

Y el alma contestó:

—Sí, lo quiero.

En la época en que el alma deseaba convertirse en un buda, él nació en la Tierra y se hizo rey y aunque su tierra fue tomada por un enemigo, el rey no tuvo odio por el enemigo, ni siquiera quiso la venganza.

El murió en gran pobreza, pero después volvió a nacer como un campesino. Se casó y tuvo muchos hijos y los amó con todo su corazón.

Pero hubo una guerra y soldados extranjeros capturaron a sus hijos y los vendieron como esclavos. El campesino jamás los volvió a ver, pero aun así no se permitió a sí mismo de odiar a los soldados que se habían llevado a sus hijos. Y así murió.

Una vez más el alma volvió a la Tierra, esta vez como el hijo de unos padres pobres. Cuando era muy joven, sus padres murieron en una epidemia.

Como nadie quería tomar al niño a su cuidado o darle comida, era un pequeño huérfano. El niño buscaba los granos que la gente había dejado en el campo, pero él nunca se permitió sentir odio por aquellos que lo echaban cuando pedía por comida.

Así el alma que deseaba ser un buda, vivió vida tras vida en la Tierra. Nació una y otra vez y en cada vida tenía que sufrir.

Pero nunca cayó en el odio ni deseaba venganza sobre aquellos que le habían causado sufrimiento.

Al fin, llegó el momento en que el alma dejó la Tierra y se presentó frente a Brahma.

El dios habló y le dijo:

—Ya has aprendido todo lo que tenías que aprender para ser un buda, un maestro de misericordia y compasión.

»En tu próxima vida en la Tierra serás un buda y cuando retornes al cielo, tú serás más alto que los dioses.

»Aún nosotros, los dioses, nos postramos ante buda.

Viviendo en la India en aquella época había un rey cuyo nombre era Śudodana. Su mujer, la reina, era llamada Maya.

Una noche ella tuvo un sueño. Se vio rodeada por una vasta multitud de gente y todos se inclinaban ante ella.

Cuando le contó el sueño a su esposo, él llamó a los hombres más sabios del reino para que le explicaran qué significaba.

Los hombres sabios se reunieron en consejo y cuando hablaron entre ellos, el más anciano dijo:

—Regocíjate reina Maya, tendrás un hijo que será grande entre los hombres.

El hombre sabio continuó:

—Tu hijo podrá elegir entre dos clases de grandeza.

»Si él se queda aquí en la corte del rey Sudodana, será un gobernante poderoso.

»Sus conquistas alcanzarán los lugares más alejados de la Tierra y muchas naciones lo llamarán su señor y dueño.

»Pero también podrá hacer otra elección, podrá renunciar al trono. Puede renunciar a la gloria, fama y riquezas y convertirse en un humilde mendigo.

»Si hace esto, será un gran maestro. Será un buda, que significa 'uno cuya mente está llena con la luz de la más alta sabiduría' o 'el iluminado.'

Cuando el rey escuchó esto quedó muy complacido de que su futuro hijo sería, en cualquier caso, un hombre grande y famoso.

Pero Sudodana también decidió que él haría todo lo posible para asegurarse que fuera un gobernante poderoso en lugar de un humilde mendigo.

Al tiempo la reina Maya dio a luz, y aunque ella no lo sabía, en aquel niño estaba el alma que había pasado a través de tanto sufrimiento en vidas anteriores, para hacerse un buda.

El niño fue llamado Sidarta y le fue enseñado todo lo que un hijo de rey tenía que aprender, a conducir un carruaje y a usar el arco y flecha.

Pero Sidarta no se comportaba como lo hacían otros príncipes. A veces en una carrera de carruajes, cuando sus caballos estaban bien adelantados de los otros concursantes, el príncipe deliberadamente pararía y dejaba ganar a los otros.

Encontraba poco deleite en hacer correr a sus caballos aún más lejos cuando veía que estaban sudorosos y respirando fuerte por el esfuerzo.

Y aunque las flechas de Sidarta nunca fallaban cuando el blanco era un pedazo de madera, el príncipe se rehusaba a ir de cacería y probar su habilidad en animales vivos.

Los otros jóvenes de noble cuna en la corte, a menudo se reían sobre el futuro rey que no quería cazar a los animales del bosque.

Pero Sidarta no prestaba atención a sus risas.

Uno de los jóvenes de la corte de Sudodana era su primo, Devadata. Estaba muy orgulloso de su habilidad con el arco y flecha y estaba siempre listo a practicar en cada animal que veía.

Un día en que Devadata estaba en el palacio y sobre el jardín sobrevoló una bandada de cisnes salvajes.

Pensando que las aves blancas contra el cielo azul ofrecían un maravilloso blanco, sacó rápidamente su arco y flecha. Apuntó arriba hacia las aves volando y la flecha alcanzó el ala de un cisne.

El pájaro voló más y más lento, y dando vueltas cayó cerca del príncipe Sidarta.

Cuando el príncipe recogió al cisne la sangre manaba de su ala. Al principio el cisne silbó y parecía frío, pero una sola suave caricia de la mano de Sidarta calmó al pájaro.

Le sacó la punta de la flecha y puso un ungüento en la herida.

Entonces se acercó un sirviente y dijo:

—Mi señor, el príncipe Devadata, disparó a un cisne y vio que cayó en algún lugar de esta parte del jardín. ¿Lo has visto, príncipe Sidarta?

Sidarta respondió:

—Sí, éste es el cisne, pero yo voy a salvar su vida y Devadata no puede tenerlo.

Cuando el sirviente llevó este mensaje, Devadata se enfureció. Fue hasta Sidarta y le exigió que le devolviera al cisne, pero Sidarta se rehusó a que él lo tuviera.

Al final, ambos príncipes, estuvieron de acuerdo de que su discusión debía ser resuelta por los hombres sabios de la corte.

Cuando los hombres sabios escucharon toda la historia, dijeron:

—Seguramente, aquél que salva la vida de un ser viviente tiene un mejor reclamo que el que solamente desea matar.

Así Sidarta cuidó al cisne hasta que estuvo suficientemente bien de volar.

Pero desde entonces en adelante Devadata lo odiaba. ♣

iv:2 viajes fuera de las paredes del palacio

El rey Sudodana, padre del noble y bondadoso príncipe Sidarta no quería que su hijo fuese otra cosa más que un guerrero que conquistaría muchas naciones.

Ciertamente no quería que su hijo fuese un buda que viviría como un mendigo sin techo.

Por lo que les preguntó a los hombres sabios de la corte:

—¿Qué puedo hacer yo para que mi hijo sea un gran rey en vez de un maestro que viva en la pobreza?

Los hombres sabios le dijeron:

—El príncipe todavía es joven; hasta ahora él ha vivido en un hermoso palacio con jardines espléndidos.

»Él no ha visto la pobreza, no ha visto ninguna anciano o enfermo, no ha visto la muerte de ninguna persona o un cuerpo muerto.

»Y si tú quieres que se quede contigo, debe continuar de esta forma; él no debe ver gente anciana, sufrimientos, enfermedades o muerte.

»Si ve alguna de estas cosas seguramente te abandonará.

El rey Sudodana hizo todo lo que estaba a su alcance para hacer imposible que su hijo viera algo triste o a alguien que estuviese sufriendo.

Sólo fueron permitidas personas jóvenes, sanas, hermosas en la corte. Alrededor del palacio el rey construyó no una sino tres altas paredes, de manera que el príncipe no podría, ni por casualidad, vislumbrar la muerte o enfermedad entre la gente de afuera.

Dentro del recinto del palacio y en el jardín había todo tipo de entretenimientos y placeres para el príncipe; juegos, música y deportes.

Pero nadie tenía permitido mencionar enfermedades, muerte o penurias en su presencia.

Sidarta parecía estar muy contento con su placentera vida. Cuando él se hizo mayor, se casó con una hermosa princesa. Estaba tan contento que su padre pensó que no debía preocuparse más de su hijo.

Pero un día el príncipe anunció que quería andar en su carruaje más allá de las paredes del palacio y a través de la ciudad.

Cuando el rey Sudodana oyó esto, inmediatamente mandó a heraldos a la ciudad para decir que cuando el príncipe Sidarta pasara por las calles debía estar visible nadie que fuese viejo o enfermo.

El rey también ordenó que no se llevara a cabo ningún funeral y que la gente se pusiese sus mejores ropas y decorar cada casa con flores.

El día llegó. El carruaje del príncipe Sidarta paseó por la ciudad. Junto al príncipe estaba Chana, su cochero, que manejaba los caballos.

Por cualquier lado que fueran, una muchedumbre de gente joven y sana llenaba las calles. Pero justo cuando doblaron en una esquina, un hombre viejo se tambaleó de repente delante del carruaje.

Nadie supo cómo llegó a estar allí, y la gente más adelante decía que era uno de los dioses que había tomado forma humana.

Pero quienquiera que fuese, era un hombre viejo doblado por la edad, con cabellos blancos, piel arrugada y ojos nublados.

Entonces Sidarta preguntó:

—¿Qué le ocurrió a este hombre que es tan diferente de los otros?

El cochero sólo pudo contestar con la verdad:

—Ese es un hombre viejo. Todos los seres humanos llegan a ser así, cuando han vivido por muchos años.

Cuando el príncipe escuchó esto, le ordenó al cochero que lo llevara de regreso al palacio.

Sidarta ya no pudo más disfrutar de los jardines, ni de los entretenimientos y ni de los placeres.

Por muchos días estuvo con profundos pensamientos, pero después de un tiempo se olvidó del hombre viejo y vivió como antes.

Algo más tarde, Sidarta salió en otro viaje en su carruaje con Chana a su lado. La multitud en las calles eran todos jóvenes y saludables porque otra vez los heraldos del rey habían decretado que ningún viejo o enfermo debía salir ese día.

Cuando paseaban por la ciudad, el príncipe Sidarta solo vio hombres y mujeres que eran jóvenes y fuertes como él mismo.

Pero una vez más algo ocurrió contra la orden del rey, justo cuando el carruaje pasaba, un hombre apareció en el pavimento.

Su cara estaba pálida, su piel estaba cubierta de una erupción, sus manos temblaban y sólo podía caminar sosteniéndose con un palo.

Nadie sabía quién era, nadie sabía de dónde había venido y nadie supo a dónde se fue luego.

Cuando el príncipe Sidarta vio la lamentable figura, le preguntó al cochero.

—¿Qué ocurre con este hombre?

Y el cochero contestó una vez más con la verdad:

—Debe estar enfermo, sufre de alguna enfermedad.

Y Sidarta preguntó:

—¿Enfermo, enfermedad? ¿Qué significa? Nunca oí hablar de ello.

Así el cochero explicó que cualquier persona puede, en cualquier momento, caer enfermo, de que nadie está a salvo de una enfermedad.

Cuando el príncipe escuchó esto le dijo al cochero que lo llevara de regreso al palacio.

Estaba tan triste que no pudo más disfrutar de los jardines y los placeres, al pensar cómo la gente sufría de toda clase de enfermedades.

Pero después de un tiempo lo sacó de su mente. Se olvidó del hombre enfermo, así como se había olvidado del hombre viejo. ♣

iv:3 un encuentro con la muerte

No era muy a menudo que el príncipe Sidarta deseaba dejar el hermoso palacio y la compañía placentera que tenía en la corte real.

Había tanto para mantenerlo entretenido y ocupado que tenía pocas razones por las que querría salir hacia la ciudad.

Pero aun la vida más placentera puede tornarse aburrida, si no hay cambios.

Así que una vez más le hizo saber a su padre que quería salir a dar un paseo.

Tan pronto como su padre oyó sobre eso, salieron heraldos previniendo a la gente que ningún anciano o enfermo debía andar en las calles ese día, o serían severamente castigados.

Pero cuando el príncipe y su cochero paseaba por la ciudad, apareció una extraña procesión.

Una fila de hombres y mujeres caminaban en medio de la calle tan lentamente que el carruaje de Sidarta tuvo que detenerse.

Los hombres al frente de la procesión llevaban sobre sus hombros una camilla sobre la que estaba acostada una figura humana toda cubierta.

Detrás era seguido por hombres y mujeres que lloraban y nadie sabía quiénes eran o de dónde habían venido.

El príncipe observó este extraño espectáculo y le preguntó a su cochero:

—Dime, ¿qué es esto?, ¿por qué esas personas están llorando y por qué debemos detenernos por ellos?

El cochero contestó otra vez con la verdad:

—Lo que ves es un funeral.

Sidarta asombrado preguntó:

—¿Un funeral? ¿Qué quiere decir?

Y el cochero contestó:

—Lo que está sobre la camilla es el cuerpo de un hombre que ha muerto. La familia del difunto está llevando su cuerpo al lugar donde será enterrado.

El príncipe siguió preguntando:

—¿Un hombre que ha muerto? ¿Qué estás diciendo? ¿Qué le ha ocurrido a ese hombre?

Así el conductor del carruaje le explicó.

—Ningún ser humano vive por siempre. En algún momento tiene que morir, de anciano o de enfermedad o en la guerra.

»Todos en el mundo deben morir en algún momento.

El príncipe Sidarta nunca había oído hablar sobre la muerte. Ahora se dio cuenta de que no solamente toda la gente moriría alguna vez, sino que también morirían sus amigos, sus padres, hermanos y hermanas. ¡Y hasta él mismo!

Cayó en tal profundo estado de tristeza que pidió el regreso al palacio.

Y cuando Chana giró el carruaje, el príncipe recordó al hombre viejo y al hombre enfermo había visto.

Pero lo peor de todo, no pudo olvidar al hombre muerto.

Desde ese día en adelante, el príncipe Sidarta se dio cuenta que nunca sería feliz otra vez.

Cuando llegaron a palacio, un sirviente vino a anunciarle que su esposa había dado a luz a un niño.

Sidarta fue a ver al bebé.

Todo lo que pudo decir fue:

—Esto lo hace aún más necesario.

Pero su esposa no entendió lo que quiso decir.

Esa noche fue dada una fiesta en el palacio para celebrar el nacimiento. Había juegos y música, pero el príncipe observaba el festejo muy distante.

Cuando tarde en la noche la fiesta llegó a su fin y todos los invitados se fueron a sus casas, todo el palacio se hundió en el silencio.

Cuando todos estaban dormidos el príncipe Sidarta salió de su cuarto. Entró suavemente a la habitación donde vió a su esposa y a su hijo dormidos.

Una tenue lámpara emitía algo de luz. Y aunque deseaba tocar a su hijo, no quiso despertar a la madre. Después de una larga mirada, se dio vuelta y se retiró.

Entonces llamó a su fiel cochero y le dijo que ensillara el mejor caballo. El conductor estaba sorprendido que quisiera ir a cabalgar en medio de la noche.

Pero el príncipe Sidarta dijo:

—Voy a dar mi última cabalgata. Esta noche voy a abandonar mi hogar y a mi familia.

Cuando el caballo estuvo listo, Sidarta salió cuidadosa y silenciosamente para que el ruido de los cascos no despertara a nadie.

Y por el poder de los dioses, los soldados de guardia a la entrada del palacio estaban casi dormidos y no se despertaron cuando pasó.

El fiel cochero, Chana, acompañaba al príncipe y cabalgaron fuera del palacio y fuera de la ciudad.

Cuando habían llegado a una buena distancia, el príncipe desmontó y cambió sus ropas reales por la ropa áspera que llevan los ermitaños.

Le dio las ropas y el caballo al cochero y le dijo que los llevara de vuelta al palacio y le dijera a su familia que él se había ido por el bien de ellos.

Y así comenzó una nueva vida para Sidarta. ♣

iv:4 Sidarta, el mendigo sin techo

El príncipe Sidarta había dejado su hogar real y todos los placeres y joyas que el padre tan cuidadosamente dispuso para él.

De cualquier manera, él no había abandonado su familia y su pequeño hijo por razones egoístas.

Eso hubiese sido equivocado. Porque Sidarta tenía el corazón lleno de pesar y compasión por toda la gente del mundo que sufría.

Y él quería encontrar un camino que trajera confort y ayuda a todas aquellas personas.

Pero para hacer eso él tenía que dejar su propia felicidad, él tenía que dejar a su familiar y su vida de placeres, en el palacio.

Y esto es lo que encontrarán una y otra vez en la historia: grandes hombres y mujeres que han ayudado a miles de otra gente, a menudo han tenido que dejar o sacrificar su propia felicidad.

Así el príncipe Sidarta ya no era más un príncipe sino sí un humilde mendigo.

Siempre había tenido todo en abundancia pero ahora tenía que pedir algo de comer. Cuando se sentó por primera vez al lado de la ruta a comer lo que la gente había puesto en su cuenco, pedazos de viejos vegetales y pan o arroz que había sido cocinado días antes, apenas pudo tragarlo.

Entonces él dijo a sí mismo:

—Esta será mi comida en el futuro. Debo acostumbrarme a ello.
Y se forzó a sí mismo a comer, y asea que le gustara o no.

Pero Sidarta no perdió el tiempo ni pidiendo comida ni comiéndosela. La mayor parte del tiempo lo pasaba pensando sobre la pregunta:

—¿Qué puedo hacer para ayudar a tanta gente infeliz en el mundo?

Durante un tiempo no pudo encontrar la respuesta.

Entonces se encontró con otro hombre santo que le dijo:

—Si podía pasarse sin comer lo más que pudiera, los dioses le enviarían una respuesta a su pregunta.

Así Sidarta dejó casi sin comer, ayunó por días y se puso tan delgado y demacrado que nadie lo hubiese reconocido.

Un día se desmayó totalmente exhausto. Cuando volvió en sí, se dijo a sí mismo:

—Ahora sé que ayunar no es la forma correcta para encontrar la respuesta a mi pregunta.

Y comenzó a comer todo lo que la gente volvía a darle.

Pero, aunque aún no conocía la respuesta, el momento estaba cerca.

Cuando se convirtiera en buda todo el sufrimiento que había vivido y experimentado en otras vidas daría sus frutos.

Un día en la estación de calor, cuando el sol quemaba, Sidarta llegó a los alrededores de un pequeño pueblo. Vio una gran higuera y se sentó a su sombra.

Y como tantas otras veces, su mente retomó la gran pregunta;

—¿Qué puedo hacer para ayudar a toda la gente del mundo que sufre?

Pero los malos espíritus y demonios sabían que el momento estaba cerca, cuando Sidarta recibiría una respuesta y sería un buda.

Así Mara, el señor de la ilusión, rey de los demonios, llamó a miles y miles de monstruos y espíritus.

El cielo se oscureció por una nube negra que no era nada más que los demonios; demonios con llameantes lenguas, demonios con diez brazos, demonios con garras y colmillos, demonios como serpientes y dragones.

Aquél vasto ejército de demonios se cayó en picada sobre el solitario mendigo debajo de la higuera.

Sidarta, sin embargo, estaba tan profundo en su pensamiento que era tan poderoso que se formó como un arcoíris sobre él. Un arcoíris a través del cual ningún mal podía penetrar.

Los demonios tiraron piedras, lanzas y flechas a Sidarta, pero todas las armas perdían su fuerza al tomar contacto con el arcoíris.

Desesperados, los demonios se tiraban ellos mismos contra el arcoíris para atravesarlo. Se clavaban, lo golpeaban, y arrastraban sus cabezas contra él, pero era tan duro como el diamante.

Y en todo ese tiempo Sidarta no se dio cuenta del enjambre de monstruos. Él se mantenía tranquilo y calmo en sus pensamientos.

Cuando Mara, el rey de los demonio, vio que su ejército de horrores no podía dañar a Sidarta, pensó en otro truco.

Dispersó a todos sus demonios y se transformó en la figura de un ser humano. Él corrió hacia el árbol y lo llamó:

—¡Príncipe Sidarta! Tengo un mensaje de tu esposa: 'Tu pequeño hijo está enfermo y sólo vivirá unos pocos días más. Ven rápido, quizás cuando el niño te vea, se recuperará.'

Pero Sidarta contestó:

—Todo hombre deberá morir más temprano o más tarde, yo debo encontrar consuelo para todo sufrimiento, no solamente para mí, o la pena de mi esposa, si nuestro hijo debe morir.

Entonces Mara dijo:

—Enemigos han invadido el país de tu padre, él necesita el brazo fuerte de su hijo o perderá sus tierras y su mujer.

Pero Sidarta contestó:

—Reyes han perdido sus tierras y la vida anteriormente. Yo debo encontrar consuelo para todas las penas, no solamente la de mi padre.

Mara entonces supo que estaba derrotado. Se marchó con sus poderes inservibles. ♣

iv:5 la iluminación bajo la higuera

Una vez que Mara, el rey de los demonios, se hubo retirado, Sidarta entró en una profunda concentración de su pensamiento.

Ya no estaba conciente de nada a su alrededor.

Ni siquiera permitió que sentimientos de hambre, sed o cansancio molestaran su pensamiento.

¿Y cuáles eran sus pensamientos?

Eran realmente una pregunta; y la pregunta era:

—¿Cómo podía la gente liberarse de la maldad?

Pasaron un día y su noche mientras Sidarta estaba sentado preguntando con todo su corazón y mente:

—¿Cómo puede el alma liberarse ella misma de la maldad?

Al final de la primera noche era como si su mente hubiese abandonado a su cuerpo, y él vio uno de los grandes secretos del mundo.

Él vio que las almas de los seres humanos no mueren cuando muere el cuerpo. Las almas vivían por un tiempo en un mundo superior y luego regresaban a la Tierra y volvían a nacer.

Pero por cualquier mala acción, por cualquier daño que causaran, por cada mentira que contaban en una vida, en la vida siguiente debían pagar con infelicidad, pesar, enfermedad o pena.

Entonces Sidarta supo que el primer paso para estar libre del mal es saber que un día debes pagar por cualquier mala acción, y sino es en esta vida, entonces será en la siguiente.

Sidarta no estaba conforme con esta respuesta y su mente aún estaba llena de la pregunta:

—¿Cómo puede el alma ser libre del mal?

Se quedó en profundos pensamientos sin comida, bebida o sueño, y así pasó el segundo día y la segunda noche.

Entonces, liberado de su cuerpo, su mente vio el alma de los hombres ir de una vida en la Tierra a otra, y pagando en una o la otra por la maldad que habían hecho.

Ahora Sidarta pudo ver dentro de las almas. Ahora pudo ver lo que hace que la gente haga cosas malas, tales como dañar al otro por maldad o palabras o mentiras.

Vio que detrás de todo mal está el egoísmo.

Entonces Sidarta supo que para poder ser libre del mal, el alma debe entender que toda maldad proviene del egoísmo.

Pero Sidarta aún no estaba satisfecho con la segunda respuesta. Así que se quedó en profundos pensamientos sin comida, sin bebida, sin dormir por un tercer día y una tercera noche.

Durante la noche su mente, liberada del cuerpo, se elevó a grandes alturas y vio que todas las almas humanas habían hace mucho, mucho tiempo, venido de una gran alma; el alma de todos los géneros humanos, y tal como pequeñas gotas pueden venir de un gran lago o muchas chispad pequeñas nacen de un gran fuego, así Sidarta vio que esta gran alma del género humano, de donde todos venimos, estaba llena de amor.

Estaba tan llena de compasión por todo ser en el mundo que no había espacio para ningún egoísmo.

Cuando Sidarta vio la gloria del amor y bondad que está en el alma de toda la humanidad, fue como si su mente estuviese flotando en la luz.

Al final supo la respuesta a su pregunta: el alma se libera del mal a través del amor, la bondad, la compasión, preocupándose más y más por los demás.

Esta experiencia de la tercera noche, por ser similar a una hermosa luz interior, es llamada iluminación.

Y Sidarta, que fue el primero que tuvo tal experiencia, fue desde ese momento llamado 'El Iluminado,' o en sánscrito, el idioma Indio, 'Buda.'

Desde aquel día en más Sidarta fue conocido primero en la India, y luego en todo el mundo, como 'Buda el gran maestro del amor y compasión' que pudo mostrarle a otros cómo ser libres del mal.

Pero Sidarta estaba realmente sólo preparando el camino para el gran alma de los seres humanos, que había visto sentado debajo la higuera, que nacería en la Tierra quinientos años más tarde como Jesús Cristo.

El resto de la humanidad tenía que esperar a que viniera Jesús a la Tierra, pero Sidarta, el Buda, lo vio a él mucho tiempo antes.

En la tercera noche, la noche de la Iluminación, que se dice que fue en la noche de luna llena de mayo. ♣

v
Krishna, un dios

v:1 la cruel acción del rey Kamsa

Recuerdan la historia de los cinco hijos de Pandú, donde un gran y noble rey ayudó a Arjuna en la batalla contra Durodhank.

Ese rey, que era el conductor del carruaje de Arjuna, era llamado Krishna y esta es la historia de su vida que ustedes empezarán a escuchar hoy.

Ahora, la historia de Krishna, comenzó tiempo atrás, cuando nació.

Comienza con otro rey, llamado Kamsa, que era muy poderoso. Tenía grandes ejércitos y maravillosos tesoros, pero todo esto lo hacía muy orgulloso y engreído.

También era cruel y sin corazón y la gente a la que él gobernaba le tenía mucho miedo. Sí, por ejemplo, si el rey estaba de mal humor, quemaba la choza de un campesino porque el olor de la misma lo había ofendido cuando pasaba por allí.

Pero así como Kamsa era orgulloso y cruel, su hija Devaki era humilde, gentil y amable. Se iba a casar con el príncipe Vásudeva y se planificó una gran boda.

Ocurrió que cuando el rey Kamsa estaba en camino al casamiento, vio a un ermitaño sentado al lado del camino.

Y el ermitaño le dijo:

—Grande eres tú, rey Kamsa, pero el octavo hijo que nacerá de tu hija, será más grande que tú y él aún te destruirá.

Cuando Kamsa escuchó esto, se apresuró al gran salón donde todo estaba listo para la boda.

Le gritó a su hija y a su novio de que no habría boda, porque uno de sus futuros hijos lo mataría.

La hija y el príncipe suplicáronle prometieron que llevarían cada hijo ante él tan pronto como naciera, y él, el rey Kamsa, podía decidir si el niño viviría o moriría asesinado. Y ante esto el rey aceptó.

En el momento que el primer hijo nació, como era una niña Kamsa no pensó que sería peligroso para él y le permitió vivir a la bebé.

El próximo hijo fue un niño. Él no parecía un niño fuerte, así que a él también se le permitió vivir.

Eventualmente siete niños nacieron de Ashra y a cada uno le fue permitido vivir.

Pero Kamsa no había olvidado la profecía. Un día sus espías llegaron y le dijeron que su hija estaba esperando otro bebé, el octavo. Decidido que la princesa y su esposo no le jugaran una mala pasada o un truco hacia él, Kamsa ordenó a sus soldados ponerlos a los dos prisioneros y día y noche los soldados hacían guardia afuera.

La princesa y su esposo estaban terriblemente infelices. Vieron de que no sería posible que el hijo pudiese vivir más que unas pocas horas después que haya venido al mundo.

Así, los dos les rogaron a los dioses, porque solamente los dioses podían ayudarlos ahora.

Entonces una noche el príncipe, el padre, vio en un sueño a Indra, el dios del trueno, Indra, ante él.

El dios le habló y le dijo:

—El niño que nacerá de tu mujer no será un hombre normal. Uno de los dioses, Visnú mismo, nacerá como un ser humano en este niño.

»Por ello, ¡no temas! Cuando nazca el niño, sal de tu prisión y ve abajo hacia el río, donde viven una pobre mujer y su esposo.

»Ella tendrá un bebé al mismo tiempo.

»Tú debes dejar a tu hijo con la gente pobre y volver a tu prisión con el de ellos.

Cuando el príncipe despertó, se preguntaba cómo podría ser posible llevar a cabo todo lo que el dios Indra había dicho.

Ahora ambos, él y su esposa, fueron más felices porque sabían que los dioses estaban ayudándoles.

La noche siguiente hubo una gran tormenta y mientras el viento aullaba afuera, la princesa dio a luz a un niño varón.

El viento era tan fuerte que los soldados no pudieron oír al pequeño llorando. Pero aún más extraño, los soldados de guardia cayeron tan cansados que no se podían mantener despiertos y uno por uno se cayeron al suelo y se durmieron.

Entonces, ante los ojos atónitos del príncipe y su esposa, la puerta de su prisión se abrió.

Ambos podían haber huido, pero sabían que los soldados del rey Kamsa fácilmente los agarrarían con el niño al día siguiente y obedecieron las órdenes de Indra.

La princesa quedó en su prisión mientras que el príncipe llevó al niño hacia la choza del hombre pobre en el río. El hombre y su mujer estaban ambos dormidos pero al lado de la mujer estaba su hijo recién nacido.

El príncipe puso a su hijo a su lado y tomó al niño de la mujer y se apresuró a volver a la prisión.

Tan pronto como estubo de vuelta se cerraron las puertas detrás de él.

Por la mañana los guardias despertaron, vieron al niño recién nacido y llevaron la noticia a Kamsa. El malvado rey caminó hacia la prisión y con su propio sable, golpeó al niño y lo mató.

Entonces dejó que al príncipe y a la princesa libres.

Ahora, el rey Kamsa se sentía seguro, porque pensó que había matado al octavo hijo de su hija Devaki y Vásudeva. ♣

v:2 una invitación al palacio

Aunque el niño Krishna había escapado de la espada del rey Kamsa, había otras amenazas por venir.

Con el pasar de los meses, muchos demonios y malos espíritus comenzaron a ver de que había un niño con un poder más que humano. Decidieron destruirlo mientras aún fuera joven.

Un día un demonio, disfrazado como una campesina, llegó a la choza del hombre pobre y le dijo a la madre —que era realmente la madre adoptiva—:

—He oído del amoroso bebé que tienes.

Acercándose a la cuna prosiguió:

—¡Oh, que niño tan dulce! Por qué no lo cuido mientras tú sigues con tu trabajo.

La mujer pobre estaba muy agradecida de tal buen ofrecimiento y dejó al niño con la visitante en la choza.

Tan pronto como la mujer demonio estuvo sola con el bebé, puso sus manos alrededor de la garganta del niño para estrangularlo.

Pero un fuego quemante salió del niño y la mató.

Cuando la madre adoptiva volvió, vio a un monstruo medio quemado muerto con cabeza de cabra

y cuerpo de pájaro, yaciendo al lado de la cuna del bebé.

Cuando Krishna se hizo mayor, acostumbraba ir con los otros chicos a observar manadas de vacas pastando en las colinas.

Los demonios trataron de matarlo en otra ocasión. Uno esperaba como una serpiente venenosa oculta en el pasto.

Cuando el chico se fue acercando más y más, la serpiente se levantó pronta a atacar y morder. Krishna saltó de repente, pisó con su talón derecho la cabeza de la serpiente y la aplastó.

Otra vez, un demonio se transformó en un ternero. El joven Krishna amaba a los terneros. Acostumbraba jugar con ellos y hasta se trepaba sobre sus lomos.

Un día vio a un ternero negro entre los otros y se trepó sobre él. Pero entonces el ternero negro galopó yendo hacia un acantilado, como para tirar a Krishna abajo hacia la muerte.

A último momento Krishna saltó livianamente del lomo del ternero y le dio una patada que lo mandó al precipicio, donde se estrelló contra las rocas.

Después de esto los demonios se dieron cuenta de que no tenían ningún poder para destruir al niño.

Cuando Krishna creció se hizo un hábil pastor y en esa parte de la India, los pastores tocaban una flauta de bambú. Krishna aprendió a tocarla, pero nunca antes había tocado la flauta como él podía hacerlo.

La gente venía de todos lados a escucharlo y los animales también amaban la música. No sólo las vacas se detenían rumiando paradas a su alrededor; sino que lobos, zorros, tigres y venados se paraban pacíficamente lado a lado escuchándolo tranquilamente.

Los monos paraban de charlotear y los pájaros bajaban de los árboles a escuchar a Krishna tocar la flauta.

Por supuesto, la gente hablaba sobre el extraño joven pastor y con el tiempo, el cruel rey Kamsa llegó a escuchar sobre él.

Cayó en un extraño temor y se preguntaba sobre ese joven, ¿quizás después de todo el octavo hijo de su hija aún estaba vivo?

Así que el rey decidió ir en busca del ermitaño que le había hablado una vez al costado del camino.

Cuando encontró al viejo eremita, le dijo:

—Eres un hombre santo y no puedes decir mentiras. Así que dime, ¿está el octavo hijo de mi hija aún vivo?

El ermitaño tuvo que contestar:

—Sí.

Pero también sabía que era la voluntad de los dioses que Kamsa lo supiera.

Entonces Kamsa preguntó:

—¿Es él el extraño joven pastor del que hablan?

Otra vez el ermitaño dijo:

—Sí

Ahora el rey Kamsa supo la verdad, y su malvado corazón estaba lleno de enojo y furia.

Pero pensó durante un largo tiempo antes de decidir qué hacer. Entonces mandó un mensaje al pobre hombre y mujer que eran los padres adoptivos de Krishna, invitándolos a ellos y a su hijo a asistir a un gran torneo que sería llevado a cabo en la corte real.

El mensajero del rey Kamsa, sin embargo, era un hombre bueno y amable. Él había observado la cara del rey cuando le mandó invitar a Krishna y a sus padres, y él sabía que había malos planes en marcha.

Cuando él llegó a la choza cerca del río, el mensajero le dijo a Krishna:

—Yo debo obedecer la orden del rey de invitarte a ti, pero te prevengo, no vayas.

Krishna le sonrió y dijo:

—No temas por mí, iré, pero solamente mis enemigos sufrirán.

Y así, los padres adoptivos y Krishna partieron al torneo en la corte real. ♣

v:3 Krishna se hace rey

Aunque había sido prevenido, Krishna había aceptado la invitación del malvado rey Kamsa al torneo.

Había una gran multitud esperando para observar el espectáculo, pero cuando llegó Krishna todos lo miraron.

Nadie había visto un joven más hermoso, tan alto y fuerte, y todos pudieron sentir que llevaba una clase de poder que no se encontraba en un ser humano corriente.

Y todos susurraban:

—Él se parece a un rey, aunque esté vestido en un atuendo de pastor.

Entre la multitud había una mujer vieja, fea y jorobada, que había conocido muy poca felicidad en su vida. Cuando esta vieja deforme miró a Krishna con asombro y maravillada, suspiró y pensó para sí:

—Los dioses deben amar a este joven, para hacerlo una persona tan magnífica de ver.

»¿Quizás ellos no me quieran y por eso me han hecho tan fea?

Recién entonces Krishna pasaba cerca de ella. Le sonrió y dijo, como si pudiera escuchar sus pensamientos:

—Pero tú no eres fea, y los dioses sí te aman.

Entonces él se inclinó y besó a la mujer en la frente. Y en ese momento cambió. Desapareció su joroba, desaparecieron las arrugas de la edad, sus feas facciones se tornaron hermosas, y quedó transformada en una joven y muy bella muchacha.

Toda la gente alrededor que vio ocurrir esto, quedó atónita, pero Krishna siguió caminando hacia el gran campo donde el torneo estaba justo por comenzar.

Primero había lucha y los hombres más fuertes del reino estaban allí para competir por el premio: una copa de oro que el rey Kamsa regalaría al ganador.

Pero los hombres más fuertes no eran desafío para Krishna. Uno tras otro los vencía.

Ganó la contienda y caminó hacia el rey Kamsa para recibir el premio.

El rey, por supuesto, sabía bien quién era este joven, pudo reconocer en el las hermosas facciones y el semblante de su hija.

¡No había dudas de que éste era el octavo hijo que él había creído muerto!

Pero el rey malo estaba seguro que podía tratar con él. Sosteniendo la copa de oro en su mano, dijo:

—He llenado la copa con mi mejor vino para refrescarlo después de la dura contienda.

»Ven, bebe, mi amigo.

El rey Kamsa había puesto un terrible veneno dentro del vino, una gota del cual era suficiente para matar a un hombre.

Krishna antes de tomar la copa que se le ofrecía y dijo:

—Bebe tú de ella primero, gran rey.

El rey tembló, la copa cayó de sus manos y él se volvió y corrió a su palacio.

Krishna le siguió porque supo que era su tarea matar a Kamsa.

Cuando el rey vio a Krishna seguirlo hacia el palacio, mandó a sus guardias y soldados para que lo atacaran.

Pero Krishna los atacó a ellos con su espada y se desparramaron ante él como si él solo fuese un poderoso ejército.

Entonces el rey Kamsa sacó a su manada de elefantes de guerra para que atacaran a Krishna.

Krishna sacó su flauta y la tocó y las grandes bestias se pusieron de rodillas ante él y lo dejaron pasar.

Y así Krishna entró al palacio.

Todos habían huido excepto el rey Kamsa, que sabía que no podía escapar y de que la profecía del ermitaño se haría realidad.

Entonces, Krishna le preguntó:

—¿Qué he hecho yo para que tú trataras de envenenarme?

Kamsa respondió:

—Tú eres el octavo hijo de mi hija y se me había profetizado que me matarías.

»Por eso traté de matarte primero, cuando eras aún un bebé.

Y Krishna dijo:

—¿Cómo fue que fui salvado?

Kamsa contestó:

—Debo haber matado a otro niño en tu lugar, pensando que eras tú.

Con una voz como trueno Krishna replicó:

—Has matado un niño desvalido y has ofendido a los dioses por la maldad que cometiste.

Desesperado, Kamsa sacó su espada, pero Krishna ya estaba preparado. Lo atacó abatiéndolo y Kamsa murió.

La gente del país se regocijó de que el rey malvado había muerto y ahora Krishna se hizo rey.

Vásudeva y Devaki, sus padres verdaderos, vinieron a vivir con él y sus padres adoptivos fueron bien recompensados.

Krishna gobernó su reino por muchos años, con sabiduría y poder.

Peleó contra la maldad donde la encontraba, ayudó a Arjuna en la gran batalla contra Durodhana.

Y cuando Krishna murió, su alma se reunió a los dioses como uno de ellos. ♣

vi
narraciones

vi:1 la recompensa del campesino

En la India, vivía mi rey que le gustaba mucho andar a caballo. Todas las mañanas, le traían uno de sus fieros caballos desde los establos y salía a cabalgar solo durante varias horas.

Ocurrió un día que el caballo que montaba era un semental de mal temperamento. Cuando pasaba por un campo, un pájaro se elevó de repente, el caballo se asustó y simplemente salió corriendo.

Galopó salvajemente y rey no pudo hacer nada ni con las espuelas, ni con el látigo ni con las riendas para detenerlo.

El caballo enfurecido podía tirarlo en cualquier momento.

Un campesino estaba trabajando en la campiña cuando vio a un hombre sobre un caballo desbocado.

Dejó sus herramientas y corrió a su encuentro.

Cuando el caballo se acercó, le arrebató las riendas al jinete y, siendo un hombre fuerte, tiró de ellas y paró al caballo.

El rey estaba tan malamente sacudido por la corrida salvaje, que estaba muy agradecido al campesino.

Le dijo:

—Mi buen hombre, has salvado la vida de tu rey y tendrás una recompensa real por ello.

»Vente mañana al palacio y recoge tu recompensa.

El campesino estaba muy complacido de escuchar esto, de que le darían una recompensa, y él y su mujer hicieron grandes planes de cómo usarían del dinero que les darían.

A la mañana siguiente muy temprano estaba ante la puerta del Palacio, donde un soldado hacía guardia. Le preguntó:

—¿Porqué deseas entrar al palacio real?

El campesino le explicó por qué había venido. Dijo el soldado:

—Bien. Sabes que no puedes entrar al palacio a menos que yo te deje entrar y a menos que yo te deje entrar, no puedes recibir tu recompensa.

»Y como yo soy un pobre soldado me vendría bien algo de dinero extra.

»Solamente te dejaré entrar si me prometes por lo menos una parte de tu recompensa.

Dijo el campesino:

—Muy bien. No me importa dejarte que tengas unos pocos pedazos de oro.

—Oh, no, —dijo el soldado—, quiero al menos una sexta parte de lo que obtengas.

El pobre campesino no se pudo ayudar a sí mismo y le prometió una sexta parte de su recompensa.

Él pasó por la puerta y dentro del palacio vio al general del rey en un espléndido uniforme.

—¿Qué desea un campesino en el palacio? — preguntó el general—.

Otra vez el campesino explicó el asunto por el que había venido.

—Bien, —dijo el general—, no puedes ver al rey a menos que hayas visto al secretario del rey quien tiene que preguntar al rey si él está disponible para verte.

»Solamente yo puedo llevarte al secretario. Pero no te llevaré ante el secretario a menos que consiga una parte de tu recompensa.

—¡Dios Santo!, —dijo el campesino—. parece que todos aquí quieren compartir mi recompensa. ¿Cuánto es lo que quiere?

—Un tercio, —dijo el general—. Un tercio, tómalo o déjalo. Si no me prometes un tercio yo no te llevaré ante el Secretario y no verá al rey y no tendrás ninguna recompensa en absoluto.

El campesino no pudo hacer otra cosa que prometer que le daría al general un tercio de su recompensa.

El general lo llevó ante el secretario del rey y le contó de por qué estaba allí el campesino. Tan pronto como el general se retiró, el secretario dijo:

—Mi buen hombre, te darás cuenta de que sin mí no puedes ver al rey en absoluto.

»Si yo no voy al rey y le pregunto si es su real deseo de verte, tú simplemente no podrás verlo.

»Y para hacerte a ti este gran favor, yo quiero la mitad de tu recompensa.

El campesino pensó por un momento.

—Muy bien. —dijo con una mueca de sonrisa—. Te prometo que tendrás la mitad de mi recompensa y espero que la disfrutes.

El secretario fue hacia el gran salón donde estaba el rey con sus cortesanos y le contó que un campesino había llegado y esperaba una recompensa.

—¡Hacedlo entrar!, —gritó el rey.

»¡Hacedlo entrar! Este hombre me ha salvado de romperme la nuca o una pierna y ninguna recompensa es suficiente para él.

Y así por fin el campesino quedó frente al rey, quien dijo:

—Bien mi amigo. Tú eres más que bienvenido aquí, y me da gran placer recompensarte por el acto que fue tannto amabilidad como bravura. Nombra cualquier recompensa que quieras y será tuya.

—Muchas gracias por su amabilidad, — dijo el campesino—, pero me gustaría que estuvieran presentes el centinela de la puerta, su general y su secretario cuando obtenga mi recompensa.

—Ciertamente, —dijo el rey, un poco confundido.

Y ante su orden, fueron traídos el soldado, el general y el secretario.

El rey dijo:

—Ahora, nombra tu recompensa.

El campesino respondió:

—Tengo más bien un deseo peculiar.

Inquieto, interrumpió el rey:

—No importa. Prometí que cualquier cosa que sea si está en mi poder hacerla, la tendrás.

—Gracias, su majestad, —dijo el campesino—. Lo que yo deseo es seiscientos golpes con un bastón.

—¿Estás loco? —preguntó el rey.

—Su majestad prometió darme lo que sea que yo quiera, —dijo el campesino.
»Seguramente está en su poder dar seiscientos golpes con un bastón.

Aunque el rey estaba totalmente desconcertado debía cumplir su promesa.

Llamó al hombre cuyo trabajo era el castigar a esclavos haraganes y entró un gigantón de piel oscuracon un largo y grueso bastón.

—Muy bien —dijo el rey— este hombre se le darán seiscientos jugosos golpes ahora mismo.

—¡Espere un momento! —gritó el campesino—. He prometido de compartir mi recompensa: el soldado recibe una sexta parte, el general recibe una tercera parte y el secretario recibe la mitad.

El rey se soltó una fuerte carcajada cuando escuchó esto, y el soldado, el general y el secretario recibieron su parte correcta.

¿Cuántos golpes recibió cada uno? ¿Quedó algo para el campesino?

Luego, el rey envió al campesino de vuelta a su casa con una bolsa llena de monedas de oro. ♣

vi:2 el tigre y el mono

Vivió una vez un brahmán que había pasado varios años como ermitaño en el bosque.

Aunque él no tenía poderes sobre los animales, él podía entender su lenguaje. Podía hablar a los animales y ellos, a su vez, hablaban con él.

Un día el brahmán caminaba atravesando una aldea. Era muy temprano en la mañana y los campesinos todavía dormían.

Al lado del camino había una gran jaula de hierro y dentro de la jaula estaba un tigre.

Y el tigre dijo:

—Me estoy muriendo de sed.
»Esta gente me atrapó ayer y no me han dado nada de agua.
»¡Oh, buen brahmán! déjame salir así puedo ir hasta el río y saciar mi sed.
»Te prometo que cuando haya bebido, volveré a la jaula y me puedes encerrar otra vez.

El brahmán era de muy buen corazón y como el tigre había prometido volver a la jaula, sacó el pestillo de la puerta de la jaula y la abrió.

El tigre salió y ambos, el tigre y el brahmán, caminaron dentro del bosque y hasta el río donde el tigre sació su sed.

Pero entonces el tigre dijo:

—Y ahora, hombre tonto, te voy a matar y a comerte.

—¿Qué hay de tu promesa? —dijo el brahmán.

El tigre replicó:

—Más tonto aún por confiar en la promesa de un tigre.
»Tú mereces morir por ser tan estúpido de creer que yo guardaría mi promesa.

—Haz al menos una cosa, —dijo el brahmán—. Preguntemos a otro animal si es realmente correcto que debas comerme.

—No me molesta —dijo el tigre—.
»Pregúntale a cuantos animales quieras.
»Todos te dirán que debo comerte.

El primer animal que encontraron fue una vaca. Cuando la vaca oyó la historia ella dijo:

—A mí no me gustan los seres humanos, ellos me hacen trabajar para ellos, tirando del arado y sacan la leche que debería ser para mi ternero.
»Además, si el tigre no se come al brahmán, él vendrá comerme a mí.
»Sigue adelante tigre, cómete al brahmán.

—Preguntemos a otro animal —gritó el brahmán—.

—No me molesta —dijo el tigre.

El siguiente animal que encontraron fue un águila. Cuando el águila escucho la historia dijo:

—No me gustan los seres humanos.
»Me disparan con sus flechas, y se enojan mucho cuando agarro a una de sus ovejas.
»Tú tienes razón tigre, ve y cómete a ese hombre.

El brahmán ya desesperaba; parecía que todos los animales están en mi contra.

—Probemos una vez más —dijo.

—Bien —dijo el tigre—. Estoy más bien hambriento, pero te daré una oportunidad más.

Un mono estaba balanceándose en la rama de un árbol, y el brahmán se volvió hacia él y le contó la historia.

Este mono era más amistoso con los seres humanos y era un mono muy inteligente. Dijo:

—Bien yo no puedo realmente decir si el tigre tiene razón o no, sin que antes pueda ver exactamente cómo comenzó todo.
»Volvamos a la jaula, pues quiero ver primero la jaula.

Así, el brahmán, el tigre y el mono fueron hacia la gran jaula de hierro.

—¡Hum! —dijo el mono— así que esta era la jaula.

—Sí —dijo el tigre—, pero apúrate, ¡tengo hambre!

—¡Oh! —dijo el mono—. No puedo tomar una decisión hasta que sepa exactamente qué ocurrió.
»Muéstrame, tigre, ¿dónde estabas cuando el brahmán llegó?

Refunfuñando, el tigre dijo:

¡Qué pérdida de tiempo!

Saltó dentro de la jaula y agregó:

—Yo estaba aquí, donde estoy parado ahora.

—Bien —dijo el mono—. Y ahora brahmán, dime, ¿estaba la puerta de la jaula cerrada y con cerrojo?

—Sí —dijo el brahmán.

—Entonces ciérrala y pásale el cerrojo —dijo el mono.

El brahmán así lo hizo.

—Bien —dijo el mono—.
»Ahora puedo contarles mi decisión.
»El tigre está otra vez donde estaba.
»Si tú, brahmán, quieres abrir la puerta otra vez y dejarlo salir, entonces él tiene toda la razón de comerte.

—Ni soñando lo haría —contestó el brahmán.

—Me alegro que no seas tan tonto como para hacerlo —dijo el mono y salió corriendo hacia el bosque.

Y el tigre estaba de vuelta donde se lo merecía, en la jaula. Y allí se quedó. ♣

vi:3 el ermitaño y el elefante

¿Se han dado cuenta que en muchas de las historias que han escuchado hay hombres que dejan su hogar y familia y se van a vivir como ermitaños en el bosque?

Tienen que vivir bajo grandes privaciones y como no hacen ningún trabajo dan todo su tiempo a la plegaria.

De cualquier manera, para estos ermitaños el rezar era realmente un arduo esfuerzo.

Cada día, por horas y horas, el ermitaño debía concentrarse en las palabras de las oración, así que todo el mundo alrededor suyo era olvidado.

No prestaba atención ni el calor ni al frío ni a la lluvia. No prestaba atención ni al hambre o la sed.

Tanto más tiempo rezaba más estaba su mente en la oración y en nada más.

Esta completa concentración en una sola tarea es lo que hacía que nada más penetrara en su mente y daba a los ermitaños extraños poderes.

No sólo las oraciones sino esa profunda concentración en las palabras del rezo lo que les daba este extraño poder del que ya escucharon en algunas de las historias.

Y hoy en día todavía hay en la India ermitaños que aún poseen estos poderes.

Ahora, quiero contarles una historia sobre un ermitaño moderno, de hoy en día, una historia sobre algo que un hombre que había vivido en la India por muchos años vio con sus propios ojos.

Este hombre habitaba en el bosque cerca de una pequeña aldea.

Un día un ermitaño salió del bosque y se acuclilló en el camino que atravesaba la aldea. Era una extraña visión, verlo sentado, con una larga barba negra, pelo largo hasta los hombros, y sólo llevaba como vestimenta un trozo de tela rugosa alrededor de su cintura.

La mayor parte del tiempo sus ojos estaban cerrado y no prestaba atención de lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Los aldeanos y los campesinos lo trataban con gran reverencia. Caminaban con cuidado alrededor del hombre santo, y cada tanto le ponían a su lado un cuenco con leche o con arroz.

Así, este ermitaño se estuvo en cuclillas en el camino, sin hablar con nadie, por muchos días.

Los animales salvajes de la India —tigres, elefante, serpientes, monos— normalmente se mantienen alejados de las aldeas donde habita la gente, porque no les agrada el olor de los seres humanos.

Pero hay excepciones. Saben que los elefantes viven en manadas, como las vacas. Y los elefantes que viven en la misma manada se ayudan unos a otros cuando hay algún peligro.

Pero ocurre a veces que un elefante tiene una mala conducta, pateando o dañando o molestando a los otros elefantes cuando van a tomar agua al río.

Cuando la manada se cansa de él, se vuelve en su contra, y lo atacan. Y lo hubieran tirado y pisoteado a muerte si no hubiera huido.

Nunca podrá volver a su manada.

El elefante que es expulsado de su propia manada sabe que no puede volver a ella y se vuelve loco de furia.

Corre por el bosque bramando salvajemente y pisoteando cualquier cosa que se ponga en el camino.

Hasta los tigres huyen ante un elefante enloquecido.

Una mañana en que los aldeanos estaban recién saliendo al campo a trabajar y los niños comenzaban a jugar en la calle, se oyó el terrible bramido del elefante enloquecido, y una imponente figura con los ojos rojos de furia apareció de la espesura y dirigiéndose hacia la aldea.

La gente corrió en todas direcciones, levantando a los hijos y huyendo hacia donde se podían proteger.

Pero un pequeño niño jugaba distraído en la misma ruta por la que venía el enloquecido elefante.

Con tanta conmoción, nadie le prestaba atención al ermitaño. Pero él se había levantado y caminó lentamente hasta pararse delante del niño, y se quedó quieto mirando por donde venía el elefante.

Entonces, el elefante, que corría desenfrenado, se detuvo de repente, a tres pasos del ermitaño.

El hombre no se movió en lo absoluto, sólo miró al elefante.

Todos los aldeanos retuvieron su respiración por un momento, mientras el hombre santo y el elefante se miraban uno al otro.

Entonces, muy lentamente, el elefante se dió vuelta mansamente y se alejó. Toda su ira, locura y salvajismo habían desaparecido, y caminó de regreso al bosque.

El ermitaño volvió al lugar donde siempre había estado en cuclillas, sin haber dejado nunca de estar concentrado en su oración. ♣

apéndice

El siguiente material fue extractado del texto principal para mantener la fluidez de la narración. En el contexto ambiental de una clase, el autor desarrolla el método expuesto por Rudolf Steiner para ilustrar el lapso de tiempo que implica el paso de los 10.000 años.

La gente que contó las historias que escucharán vivió mucho tiempo atrás. Tratemos de averiguar cuán atrás tenemos que ir.

Ustedes ahora tienen diez años, ¿cuándo tenían sus padres diez años? Aproximadamente hace 25 años. Y sus abuelos tenían diez años hace 50 años atrás.

Así sus bisabuelos tenían 10 años hace 75 años atrás, y los tatarabuelos —los padres de sus bisabuelos— tenían 10 años hace 100 años atrás.

Ahora si uno de ustedes está vivo por todos estos 10 años hoy, otro por sus padres, otro por sus abuelos (cuando ellos tenían 10), otro por sus bisabuelos y aún otros por los tatarabuelos, entonces eso nos lleva hacia atrás 200 años.

Ahora si otros cuatro niños están por cuatro generaciones más, eso es 300 años. Otros cuatro

hace 400 años y otros cuatro llegan a 500 años y 20 niños.

Así ustedes pueden ver necesitaríamos cuatro clases de 20 niños para hacer 2000 años que fue la época cuando Cristo vivió en la Tierra.

Pero aún tenemos que ir más lejos hacia atrás para llegar a la época a la cual quiero contarles.

Tomemos otras cuatro clases de 20 niños. Eso nos llevaría a 2000 años antes de Cristo y otras cuatro clases hacen 4000 años antes de Cristo.

Así para contar hacia atrás 10.000 años en el tiempo necesitaríamos 400 niños o dos escuelas como la nuestra. ♣

sobre el idioma del poema

La historia de los cinco hijos de Pandú está relatada en un largo poema llamado 'Mahabharata' escrito en sánscrito, el antiguo idioma indio.

Pero sólo escucharon la parte más importante del poema, porque el poema en sí mismo es muy largo, más de cien mil versos, el segundo poema más largo del mundo.

Ahora bien, el sánscrito es un idioma muy interesante.

Así como los hijos son más jóvenes que los padres, los idiomas que la gente actualmente habla —inglés, alemán, francés, ruso[1]— son idiomas muy jóvenes.

Son los 'hijos' de idiomas más antiguos.

Y el idioma en que está escrita la historia de los hijos de Pandú es un idioma muy antiguo. Es tan viejo que no sería la madre sino la abuela del inglés, el alemán, el francés y el ruso.

Así como los hijos se parecen a sus padres y hasta hay parecido a los abuelos, así hay un parecido entre algunas palabras —no todas, por supuesto— entre el idioma inglés actual y el antiguo idioma de la India.

Por ejemplo, podríamos citar:

sánscrito	**inglés**	**significado**
duhitar	*daughter*	*hija*
suna	*son*	*hijo*
pifar	*father*	*padre*
matar	*mother*	*madre*
brutar	*brother*	*hermano*
sviasar	*sister*	*hermana*

Y no sólo en inglés. De 'matar' ['madre'] provienen también la palabra palabra alemana 'mütter' y la palabra francesa 'mère.'

[El idioma español deriva de las lenguas greco latinas pero también tiene palabras provenientes del sánscrito. Por ejemplo:

sánscrito	**español**
kapitha	*capital*
külva	*calvo*
sitar	*cítara*
danta	*diente*
upala	*ópalo*
rojita	*rojo*
sarpa	*serpiente*
supa	*sopa*[2]*]*

Todos los nombres que escucharon en la historia de los hijos de Pandú —como Indra, Iudistira, y demás— son nombres en sánscrito, el abuelo del idioma que hablamos hoy en día. ♣

[1] Con el nombre de lenguas indoeuropeas se conoce a la mayor familia de lenguas del mundo en número de hablantes. La familia indoeuropea, a la que pertenecen la mayoría de las lenguas de Europa y Asia meridional, incluye más de 150 idiomas. [n. del pr.]

[2] ¡Para tragedia de Mafalda! Todas las palabras tomadas del Diccionario RAEL [n. del pr.]